La sombra del Coyote

José MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Prólogo en 1849

-Bien, Forbes, ¿tienes algo que decir? Date prisa; no podemos perder más tiempo.

La pregunta era como el eco de una implacable sentencia de muerte, y el que la pronunció lo hizo como si cumpliera un simple formulismo. Era un hombre de unos treinta años, muy recio, vestido con elegancia a la moda de la California de entonces. Se balanceaba sobre los altos tacones de sus botas de montar y sus manos apoyábanse en el largo cañón de su fusil. Su aguileña nariz y sus hundidos ojos le daban aspecto de ave de presa. Sus finos labios estaban casi cubiertos por el caído y negro bigote.

El hombre a quien había sido dirigida la pregunta era muy distinto. Unos veinte años mayor que el otro, tenía el cabello y la barba ya grises, y su rostro poseía la expresión paciente de los que están habituados a ver llegar y pasar las penas mientras ellos siguen marchando por el difícil camino que la vida les ha trazado y trabajan con toda la habilidad de que son capaces. Era uno de tantos miles de granjeros que habían buscado un nuevo hogar en las tierras del Oeste, luchando contra dificultades casi invencibles, arrancando penosamente los alimentos de un suelo sin domar.

En aquel momento estaba sentado en un tronco caído, con las manos atadas a la espalda, la barbilla hundida en el pecho, expresando todo él la máxima

desesperación. Sin embargo, al oír la pregunta del otro levantó la cabeza y su mirada buscó, instintivamente, la casita de troncos, el corral dónde bramaba la vaca, cuyas ubres, llenas de leche, no habían sido vaciadas aquella mañana. Mas allá vio también el gran huerto que, por fin, empezaba a producir y era ya una promesa de bienestar. Todo lo había levantado con sus propias manos, desviando hacia allí el riachuelo que cruzaba el prado, derribando con su hacha los viejos árboles para obtener de ellos el maderamen necesario para tender la cerca. Había creado el lugar. Lo amaba como sólo el agricultor que ha convertido la tierra salvaje en terreno productivo sabe amar. Y ahora tendría que abandonarlo para siempre, expulsado como si hubiese cometido un crimen.

Luego su mirada abarcó a los seis hombres en semicírculo ante él. Vio sus miradas curiosas e implacables a la vez. Eran vaqueros, gente alquilada por el hombre que había hablado. Fieles en todo a él. Sin embargo, porque Dios le había dado una vida y la orden de defenderla, dijo:

-No puedo hacer más que repetir lo que antes dije. Yo no he tocado ni una sola de tus cabezas de ganado.

-Sin embargo, las encontramos en tus tierras con las marcas cambiadas. Del I. B. hiciste el 4. B. Elegiste una marca muy práctica.

-El 4. B. fue mi marca mucho antes de venir aquí -replicó Forbes-. Es un arreglo de mi nombre (Four-Bes = Cuatro bes). Si hubiera hecho lo que dices habría sido un loco trayendo los animales a mis tierras sin esperar a que las marcas cicatrizasen.

-Entonces explica su presencia. No creerás que se marcaron solas y vinieron a curarse aquí.

-Yo no sé cómo han venido aquí -replicó, opacamente, el hombre-. Debieron de entrar en mi rancho mientras yo estaba fuera.

-Eso será. A ti te dio la ventolera de marchar al pueblo a crearte una coartada.

El viejo negó con la cabeza.

-No, Bulder. Nada de eso.

Pero comprendía que ya todo era inútil. Allí culminaba una interminable lucha iniciada el mismo día en que se instaló en aquellas tierras; recibió amenazas, vio cómo sus reses eran robadas, le incendiaron su primera cosecha de trigo. Sin embargo,él persistió, tenazmente, allí, dispuesto a ser el más fuerte, a imponer su voluntad de trabajar y vencer. Sabía que en toda la región los agricultores eran mal vistos. Aquélla era tierra de ganado, y hasta muchísimos años más tarde la agricultura no descartaría al ganado. Pero entonces todo estaba en el principio. Podía decirse que el imperio ganadero aún estaba por crear, y él había intentado anticiparse setenta años al curso lógico de los acontecimientos. Y, no obstante, Forbes estaba seguro de haber podido triunfar, de no ser por la antipatía que siempre le demostró el hombre que tenía delante.

-Estas tierras son libres -murmuró, como respondiendo a una pregunta mental.

-Son tierras de pastos -replicó Bulder-. Pastos libres.

-Libres para ti..., mas no para mí.

-Fui el primero en llegar, Forbes; pero ya hemos hablado bastante. La cuerda espera.

Forbes se encogió cansadamente de hombros.

-Está bien -murmuró-. Eres el más fuerte, Bulder. Me marcharé de aquí. Dame unas horas de tiempo para reunir mi equipaje.

-¿Reunir tu equipaje? -rió Bulder-. Lo has decidido demasiado tarde, amigo. Debiste marcharte hace un año, cuando se te dio la oportunidad de hacerlo.
El prisionero levantó, inquieto, la cabeza. Hasta aquel momento su entorpecido cerebro no se había dado cuenta de que Bulder deseaba su muerte. Quizá no se le ocurrió que un hombre tan poderoso pudiera odiar a muerte a un pobre campesino. Hasta entonces no comprendió que lo del ganado marcado con su marca era una trampa para poderle asesinar impunemente. ¡Y él no podía probar su inocencia!
Miró, ansiosamente, a los hombres que acompañaban a Bulder. Uno de ellos, llamado Daniels, inclinó, como avergonzado, la cabeza. Los demás sólo expresaron desprecio.
-¿Es posible que apoyéis esto? -preguntó, casi sin voz, Forbes.
Daniels fue el único que habló:
-¿Por qué no le deja marcharse con buen viento, jefe? Si se va, dará lo mismo que...
Bulder lanzó una imprecación.
-¡No! -gritó-. Los campesinos deben ser expulsados de esta tierra. Si tuviéramos piedad de ellos, antes de diez años la habrían llenado de cercas y estas praderas parecerían calles de ciudad, encajonadas entre huertos y jardines. ¿Dónde iría a parar el ganado? A Forbes se le ha dado la oportunidad de rectificar sus errores. Desde el momento en que no lo ha hecho hemos de creer que sólo deseaba abusar de nuestra paciencia. Prepara la cuerda, Peters. ,
El hombre a quien Bulder se había dirigido fue hacia los caballos y descolgó la cuerda que pendía de una de las sillas. En el momento en que iba a regresar junto a sus compañeros oyó una voz que ordenaba:
-¡Soltad a mi padre o juro que os mato!
La orden fue dada con voz chillona y temblorosa, pero iba apoyada por un fusil de enorme calibre y larguísimo cañón, cargado de gruesos perdigones. Una sola descarga de aquel arma bastaría para matar o herir gravemente a todos los que estaban allí.
-¡Lo digo de veras! -siguió el muchacho-. Soltad a mi papá o dispararé...
Su voz fue cortada al caer en torno a sus hombros el lazo lanzado por Peters. Éste dio un violento tirón a la cuerda y toda la carga del arma se perdió entre las hojas del frondoso álamo bajo el cual estaba sentado Forbes.
-Que uno de vosotros se lleve a ese gatito salvaje a la cabaña -ordenó Bulder, sin prestar atención al desesperado muchacho, que se debatía inútilmente, apresado por el lazo.
Daniels se ofreció voluntario para realizar aquel trabajo, menos odioso, al fin y al cabo, que el de ahorcar a un viejo. Bulder se volvió hacia sus hombres y agregó:
-Cuando hayamos terminado, prended fuego a la cabaña.
Después, sin dirigir ni una mirada al hombre condenado a muerte, montó en su caballo y alejóse de allí.

* * *

Una hora más tarde, el muchacho salió de entre los arbolitos que crecían junto al riachuelo y se detuvo un momento, sollozando, junto a las ruinas de su hogar. Un violento temblor le invadió al ver la trágica figura que pendía del árbol. Debajo del cuerpo, formando montón, se veía una vieja cartera que contenía el retrato de su madre. Junto a ella aparecía una manchada petaca,

una renegrida pipa, un cuchillo y unas monedas envueltas en un pañuelo.
Con la garganta y los ojos llenos de lágrimas, el muchacho prometió:
-¡Te vengaré, papá, te vengaré!
Luego subió al árbol y cortó con el cuchillo la cuerda que sostenía el cuerpo sin vida. Y más tarde, con ayuda de unas herramientas que encontró en el huerto, empezó a cavar una sepultura. La tierra se resistía y las fuerzas del muchacho eran muy escasas. Mediaba la tarde cuando al fin el viejo Forbes pudo descansar para siempre dentro de su último hogar.
La sepultura quedó cubierta de grandes piedras, para protegerla de la voracidad de los animales salvajes; luego el muchacho acercóse al árbol, a cuyo pie había sido abierta la tumba, y en la corteza trazó esta marca:

4 B

-¿Qué estás haciendo, muchacho? -preguntó una voz.
El hijo de Forbes volvióse vivamente y vio ante él un jinete enmascarado. La abundante hierba había ahogado las pisadas del caballo y aunque no hubiera sido así, eran demasiadas las voces que atronaban los oídos del niño para que pudiera oír nada más.
-¿Quién es usted? -preguntó, con voz estrangulada-. ¿Es acaso un hombre malo?
-Tal vez -replicó el jinete-. Hay quien me persigue, y, en cambio, son muchos los que me quieren.
-¿Es usted amigo de Bulder?
-¿Quién es Bulder?
-El principal dueño de estas tierras -replicó el muchacho.
-No le conozco, pero sospecho que él tiene la culpa de eso.
Y el enmascarado señaló la sepultura.
-Sí, él tiene la culpa; pero yo le mataré...
-No te precipites. ¿Qué edad tienes?
-Doce años.
-Por lo menos te faltan diez para poder pensar en venganzas. Cuéntame lo ocurrido, si es que tienes confianza en mí.
El jinete, que vestía a la moda mejicana, había desmontado y, acercándose al pequeño Forbes, examinó atentamente la marca trazada en el árbol.
-¿Qué es? -preguntó.
-La marca del ganado de mi padre. Bulder dice...
El desconocido escuchó atentamente la historia que el muchacho tenía que contarle, luego se acarició la barbilla y murmuró:
-Lamento no poder quedarme aquí. Tengo un trabajo urgente en el norte de California; pero algún día volveré a vengarte.
-¿Quién es usted, señor?
-¿Has oído hablar del Coyote? -preguntó el desconocido.
-¿Es usted?
-Yo soy -replicó el enmascarado-. Y nada me place tanto como vengar canalladas de esta especie. Pero no puedo quedarme. ¿Qué piensas hacer?
El muchacho se encogió de hombros.
-No sé.
-Tienes dinero.
-Unos diez dólares.
-Toma. -El Coyote tendió al muchacho una bolsita que contenía unos cien dólares de oro-. Con esto podrás vivir algún tiempo. Procura hacerte hombre

y no olvides que, como tu padre sabía muy bien, los caminos difíciles son los más seguros. Dentro de diez años aguárdame en el patio de la Misión de San Juan de Capistrano. Si tu vida ha sido recta y quieres vengar a tu padre, yo te ayudaré a lograrlo.
-Gracias, señor, estaré allí.
-¿Cómo te llamas?
-Hasta ahora me he llamado Joseph Forbes; debo cambiar de nombre para que no me reconozcan.
-¿Te gusta el nombre de Nick Searles? -preguntó El Coyote.
-¿Nick Searles? Sí, es bonito.
El Coyote sacó un lápiz y en un trozo de papel escribió el nombre y una fecha.
-Adiós, Nick -dijo luego, levantándose-. Hasta el cinco de mayo de mil ochocientos cincuenta y nueve. Recuerda el patio de la Misión de San Juan de Capistrano. Junto al pequeño estanque, frente a las campanas.
-Adiós, señor Coyote; hasta dentro de diez años.
El enmascarado montó de nuevo en su caballo y alejóse al galope. El muchacho le siguió con la mirada y luego fue en busca del caballo que Daniels había prometido dejarle entre los árboles.
Era lo único que le quedaba, y Joseph Forbes montó en él sintiendo los ojos nublados por la angustia. Desde su caballo y, mirando hacia la tumba, declaró:
-Joseph Forbes se marcha, Isaías Bulder; pero Nick Searles volverá para matarte. ¡Lo juro sobre esta sepultura!
Luego el muchacho azuzó su caballo con los talones y partió con la misma dirección que había seguido El Coyote; pero su montura no podía compararse con el veloz animal que montaba el enmascarado, y diez años tendrían que transcurrir antes de que los dos volvieran a encontrarse de nuevo.
Entonces todo sería distinto.

Prólogo en 1859

El sol caía de plano sobre Santa Ana, al sur de Los Ángeles. Era un sol de mediodía, que abrasaba la tierra y hubiera abrasado las cabezas de los santaninos si alguno se hubiera arriesgado a pasear por las polvorientas calles del pueblo en los momentos en que el reloj señalaba, exactamente, la una y media del 3 de mayo de 1859.
Si alguno de los habitantes del pueblo se arriesgaba a cruzar la calle lo hacía como si le obligaran a pasar por un lecho de ascuas con los pies descalzos. Era el clásico mediodía del Oeste, que los nativos dedican, muy sabiamente, a dormir la siesta, imitando con ello a los animales salvajes, que en las horas del máximo calor permanecen en sus cubiles o madrigueras en vez de pasear por la selva.

De haber querido hacer algo en plena calle, sin que nadie lo viera, ningún momento mejor que aquel en que la luminosidad alcanzaba su grado máximo. En cambio, de haberse querido que todos los vecinos de Santa Ana vieran una cosa, lo mejor hubiese sido hacerla de ocho de la noche a dos de la madrugada. En esas horas la población vivía al aire libre, disfrutando de la frescura que llegaba del océano, viendo a todos cuantos pasaban por la calle y dejándose ver de ellos.
Los tres jinetes que eligieron aquella hora para visitar Santa Ana debían de estar enterados de esa especial característica, pues sin que nadie los viera consiguieron llegar hasta delante del Banco Comercial. Tratábase de una sucursal del importante Banco de San Francisco; y como Santa Ana se encontraba en el centro de una importante región ganadera y agrícola, el movimiento del Banco Comercial era muy grande.
Cuando estuvieron delante del establecimiento, los tres jinetes se detuvieron.
-Nosotros nos encargaremos del trabajo de dentro -dijo uno de ellos al que parecía más joven de los tres-. Tú cubrirás la retirada.
-Eso fue lo convenido -replicó el otro.
No se habló más. Los dos jinetes se levantaron hasta los ojos los pañuelos que les rodeaban el cuello y echándose hacia la cara el ala del sombrero entraron en el Banco, que en aquellos momentos estaba ocupado sólo por un enjambre de zumbadoras moscas.
El que quedó fuera era un joven de unos veintidós años, de rostro atractivo, pero de ojos fríos como el acero. Llevaba dos revólveres con las fundas ceñidas a las piernas, y colocados muy bajos. Vestía pantalones negros a rayitas blancas, embutidos en unas botas tejanas. Una camisa de dril oscuro con numerosos botones completaba, junto con un chaleco de piel negro, el atavío del joven, que se cubría la cabeza con un sombrero de anchas alas y copa aplastada, adornado con un cintillo de hilos de plata.
El sobresaltado gerente del Banco, que en aquellos momentos se encontraba solo, levantó la cabeza al oír los pasos de los que llegaban y, al ver sus cubiertos rostros, lanzó una exclamación de espanto.
-¿Qué queréis? -tartamudeó.
-Todo lo que tenga -replicó uno de los bandidos.
-Pero..., señores..., el dinero no es mío -gimió el gerente-. Está en depósito. Es de los imponentes...
-Mejor, así no le robaremos nada a usted. ¡Pronto!
-Es que...
-Guarde la charla o le enviaremos al lugar donde se funde el oro -interrumpió el otro asaltante.
El salvaje tono con que habló el bandido y la forma en que manejaba el arma que empuñaba indicaron al aterrado gerente que no le quedaba otro remedio que obedecer y abrir el cofre fuerte donde se guardaba, en aquellos momentos, más de diez mil dólares.
Mientras uno de los ladrones vigilaba al gerente, el otro encontró unos saquitos de lona fuerte y los fue llenando de oro, ante la angustia del del Banco, que veía materializarse su ruina.
Esta convicción acabó de enloquecer al hombre. Se daba cuenta de que si aquellos bandidos salían del Banco y montaban a caballo, jamás se podría dar con ellos y recuperar el dinero robado, pues la hora para el robo no podía haber sido elegida con más acierto. En uno de los cajones del mostrador tenía el gerente una pistola de dos cañones, cargada. Si lograba apoderarse de ella y, aunque no fuese más, disparar al aire, la detonación

serviría de alarma y quizá los bandidos pudieran ser detenidos.
Los ladrones, llenos de desprecio hacia el hombre cuyo aspecto no era, ciertamente, heroico, apenas se fijaban en él, de forma que no advirtieron cómo el gerente, siempre con las manos en alto, retrocedía hacia el mostrador. Uno de ellos estaba registrando los últimos rincones de la caja de caudales, mientras que el otro, habiendo escuchado, al parecer, un ruido sospechoso en la calle, tenía la mirada vuelta hacia la puerta.
El gerente estuvo seguro de que no se le presentaría una oportunidad mejor y, rápidamente, bajó las manos, abrió el cajón, empuñó la pistola y apretó los gatillos. No intentó apuntar. No hubiera tenido corazón para matar o herir a un hombre, aunque fuese un bandido. Sólo quería dar la señal de alarma.
-¡Maldito! -rugió uno de los ladrones, disparando su revólver contra el banquero, que se desplomó con una pierna atravesada por el balazo, mientras los dos bandidos, recogiendo los sacos de oro, corrían hacia la puerta.
Al oír los disparos, el que había quedado de centinela empuñó uno de sus dos revólveres con una rapidez que hablaba de larga práctica, y cuando uno de los santaninos asomó la cabeza por una ventana situada a unos cuarenta metros del Banco, una bala que casi le abrasó la mejilla calmó su curiosidad.
Pero la sucesión de los disparos sembró la alarma en el pueblo. No eran aquéllas las horas en que los vecinos de Santa Ana salían a la calle a dirimir a tiros sus diferencias de apreciación y, por tanto, se supuso en seguida que alguien se entretenía en asaltar el Banco. Por ello, todos los hombres que se decidieron a salir a la calle iban armados con fusiles de largo alcance, cargados hasta la boca.
Llegaron a tiempo de ver cómo los tres jinetes ponían tierra de por medio, y todos dispararon sus piezas artilleras.
La descarga fue ensordecedora y de efectos desastrosos para los bandidos, pues los dos que habían cargado con el oro se desplomaron completamente muertos, mientras su compañero, pegado a su caballo y milagrosamente ileso, a pesar del huracán de plomo y hierro que pasó en torno a él, lograba torcer por una callejuela, salir al campo abierto, cubrir los doscientos metros de terreno descubierto y meterse entre los árboles de un bosquecillo antes de que el grupo de ciudadanos audaces reunido por el sheriff para salir en su persecución hubiera podido emprender la marcha. Luego, durante unas cuantas horas, perseguidores y perseguido galoparon gastando las fuerzas de sus respectivos caballos, aunque, por fin, los santaninos sacaron la conclusión de que, después de todo, el oro había quedado en el pueblo, y si seguían persiguiendo a aquel veloz jinete sólo conseguirían fatigar de tal forma sus caballos que se verían obligados a pasar la noche en descubierto, pues los animales no tendrían fuerzas para conducirlos de nuevo a Santa Ana. Por lo tanto dejaron que el tercer ladrón siguiera galopando hacia el Sur y ellos emprendieron el regreso a sus hogares.

* * *

El joven bandido durmió aquella noche junto a una fuente, dejando que su caballo reposara de su agotadora marcha. Al amanecer reanudó el jinete la marcha, siempre en dirección Sur, atravesando una maravillosa región inundada de flores que llenaban con su aroma el ambiente. La primavera

estaba en su apogeo, y la verbena silvestre se mezclaba con pequeños girasoles que eran como una miniatura de sus enormes hermanos. Todos los colores del iris estaban repartidos por la tierra en forma de flores. En algunos puntos parecía como si el suelo estuviera sembrado de oro.
Todo respiraba paz y alegría y, sin embargo, no había ni paz ni alegría en el corazón del fugitivo cuando montó de nuevo en su caballo y descendió hacia el mar. Casi al atardecer divisó los viejos muros de una Misión, y, seguro de encontrar en ella refugio sin preguntas indiscretas, encaminó a aquel lugar el paso de su caballo.
Cuando estuvo cerca llegó hasta él el agradable olor de carne asada, recordándole que llevaba más de veinticuatro horas sin probar bocado. Desmontando de su caballo a las puertas de la misión, entró en el patio.
Un fraile que, con el hábito subido y los pies descalzos, trabajaba en el huerto, levantó la cabeza y sonrió al recién llegado.
-Buenas tardes, hermano -saludó en español.
-Buenas tardes -replicó el viajero, quitándose el sombrero y como vacilando acerca de lo que debía hacer.
-Entra y descansa -siguió el franciscano, dejando la azada contra un almendro y sacudiendo de sus manos la tierra prendida en ellas-. ¿Vienes de muy lejos?
-Sí, padre -replicó el otro.
El fraile debió de comprender sus temores, pues se apresuró a decir:
-Entonces siéntate en el porche y descansa tu fatiga. Cenarás con nosotros.
-Es que... quizá no debiera hacerlo.
-¿Por qué? -preguntó el fraile.
-No sabe usted quién soy.
-Sí, hijo mío. Sé quién eres -respondió el franciscano-. Eres un hermano mío que sufre hambre y cansancio. Aquí, como Dios nos ordena, te ofreceremos reposo para tu cuerpo, comida y alivio, si lo deseas, para tu fatigado espíritu.
Un indio había aparecido por entre unas grandes plantas de cactus cuyas palas eran como almohadones y de las cuales surgían unas grandes flores amarillentas, de pétalos suaves y delicados.
-Hazte cargo del caballo de nuestro huésped, Ignacio -ordenó el fraile. Después volviéndose hacia el viajero, pidió-: ¿Quieres seguirme?
El joven acompañó al fraile hasta la fresca sombra del arqueado porche e, invitado por el franciscano, sentóse en un frailuno sillón.
-Haré que te traigan un refresco -dijo el religioso.
-Un momento, padre. ¿Podría decirme qué Misión es ésta?
-La de San Juan de Capistrano, hijo mío -respondió el fraile, alejándose hacia las cocinas.
-San Juan de Capistrano -murmuró el viajero, acomodándose en el sillón.
Los recuerdos acudieron tumultuosamente a su cerebro. Cuando el fraile volvió con un jarro de agua con limón encontró al joven paseando lentamente por el porche. Al verle, el forastero acudió, nerviosamente, hacia él.
-Padre, ¿puede decirme con exactitud qué día es hoy?
-Sí. hijo mío. Es el cuatro de mayo de mil ochocientos cincuenta y nueve.
-¡Parece mentira! Padre, ¿cree usted en Dios?
La sorpresa del religioso ante semejante pregunta fue tan evidente que el joven se apresuró a excusarse:
-Perdone esta estúpida pregunta; pero es que yo, durante muchos años, he dudado tanto de la existencia de Dios que hoy, al volver a encontrarme ante

un suceso que bordea lo maravilloso, he tenido que pensar en Él.
-Dios tiene a veces formas muy extrañas de hacernos sentir su existencia, hijo mío. Bebe el agua; es fresca y no la hallarás más pura en toda la región. Fray Junípero Serra bendijo con su propia mano el pozo de donde la sacamos y desde entonces jamás nos ha faltado.
El viajero bebió el agua con limón, y cuando el religioso se disponía a alejarse lo contuvo con un ademán, pidiendo:
-¿Podría hablar con usted, padre?
-Estoy a tus órdenes, hijo mío. ¿Qué deseas?
-¿No siente curiosidad por saber quién soy?
-Tal vez -sonrió el viejo fraile-. ¿Quién eres?
-Me llamo Nick Searles.
-Hasta mis oídos ha llegado tu nombre. Y llegó acompañado de relatos de violencia. No creí que fueras tan joven.
-¿Me supone un hombre malo?
-Dios no creó malos ni buenos, sino hombres. Algunos, porque Dios no quiso hacer al hombre infalible, viven equivocados. Otros conocen la verdad. Tú no la conoces y hasta ahora has vivido engañado.
-¿Por qué hasta ahora?
-Porque ahora estás aquí, has entrado en la Casa de Dios, y quizá El, en su infinito poder, logre llevar a tu alma la luz de la Verdad.
-Padre, por favor, siéntese y escúcheme.
El fraile dejó sobre un pilar el vaso y el jarro de cobre que contenía el agua con el limón y luego sentóse en el sillón que antes ocupara Nick Searles. Éste se sentó en otro pilar, junto a una de las columnas de los arcos, y empezó:
-Hace diez años, padre, un hombre me citó para el día de mañana en esta Misión. Yo acababa de enterrar a mi padre, que había muerto injustamente. Aquel hombre me ayudó y me dijo que diez años más tarde, si mi vida había sido recta, le aguardase aquí. Mañana se cumple el plazo.
-¿Y has acudido a la cita? -preguntó el fraile.
-No, padre. Mi vida se torció, y si las cosas hubieran ocurrido como yo esperaba ahora yo estaría camino de San Jacinto, con otros dos compañeros. Pero mis compañeros murieron violentamente y yo sólo, milagrosamente, escapé con vida. Mis perseguidores me obligaron a venir hacia aquí, sin que yo mismo supiese hacia dónde iba. Por eso creo que Dios ha guiado mis pasos, trayéndome aquí casi contra mi voluntad. ¿Hará lo mismo con el hombre que me citó?
El fraile separó las manos, e inclinando la cabeza, replicó:
-Si Él te ha traído aquí, también traerá al hombre que te citó; pero diez años son muchos años y en ese tiempo pueden haber ocurrido muchas cosas.
-Aquel hombre se llamaba El Coyote.
-¿El Coyote? -el franciscano quedó pensativo-. ¿Conoces su verdadero nombre?
-No. Le vi enmascarado y desde entonces no he vuelto a verle.
-Dios puso también a prueba su fortaleza. Como el acero, su alma fue templada con los golpes del infortunio. Dios suele descargar sus más duros golpes sobre los más fuertes. Si hiciera lo mismo con los que somos frágiles, nuestras almas se quebrarían como el cristal. Ese hombre a quien has mencionado sufrió el mayor dolor que podía resistir su alma y vino a nosotros preguntándonos, como tú has preguntado, si Dios existía. Su alma se debatía en la tempestad de la angustia; pero supo resistir, y hoy, acaso

equivocadamente, dedica su existencia a reparar el mal que otros cometen.
-¿Qué le ocurrió?
-Perdió a su mujer en los momentos en que recibía un hijo. La alegría de la paternidad fue amargada por el dolor de ver morir a su compañera. Y, loco de angustia, huyó de su hogar, de sus riquezas y t sobre todo, de su hijo, que se ha criado sin conocer a su padre. Marchó a Europa, a España, y, para todos, vive allí, pero yo sé que hace poco tiempo ha regresado a California.
-¿Dónde está ahora? ¿Acudirá a la cita que me dio?
-Tal vez. No puedo decirte más, porque mis labios están sellados. Descansa esta noche aquí y quizá mañana recibas la respuesta que deseas.
Alejóse el fraile y Nick Searles permaneció en el porche hasta que las sombras nocturnas lo invadieron todo. Entonces entró en la Misión y, después de una sencilla aunque apetitosa cena, se retiró a dormir en una pequeña celda. Su último pensamiento fue para preguntarse si El Coyote acudiría a la cita.

* * *

La intensidad de la luz que penetraba por la ventana de la celda, proyectando contra el suelo la cruz de sus barrotes, despertó a Nick Searles. La altura del sol indicaba que la mañana estaba muy avanzada y el joven comprendió que, en muchos años, aquélla había sido su más tranquila noche. Vistióse sin prisa, como lamentando tener que abandonar aquel remanso de paz, y salió al blanco pasillo al final del cual había un tosco lavabo, en cuya taza caía un continuo chorro de fresca agua. Después de lavarse, Searles se dirigió al comedor. Una vieja india, que era una niña cuando en 1797 se colocó la primera piedra de la Misión, y que había permanecido fiel a ella a través de las mil vicisitudes por que pasó San Juan de Capistrano, junto con el resto del sistema de Misiones, le sirvió un gran tazón de leche y pan moreno y oloroso, de gruesa y crujiente corteza.
-Desde hace más de diez años es la primera vez que desayuno así -dijo Searles, en español, a la india, que replicó con una amplia sonrisa:
-Mi padre siempre me hacía desayunar leche y pan.
El resto de la mañana lo pasó Searles recorriendo los huertos y tierras de cultivo de la Misión. Ayudó a los cinco frailes que aún quedaban en ella, especialmente en la doma de unos potros.
-Eres buen jinete -comentó el fraile que la tarde anterior le recibiera-. En ese trabajo podrías hallar un honrado medio de vida.
-¿Quién querría como vaquero a Nick Searles, padre?
-Yo sé de un hombre que te aceptaría, hijo. Pero mañana hablaremos de esto.
Durante la tarde, a pesar de lo abrasador del sol y del sofocante calor, Nick continuó domando los potros. Cuando hubo terminado, el fraile le preguntó:
-¿Cuánto te debemos, hijo mío?
-¿Deberme? ¿Por qué? -preguntó, extrañado, Nick.
-Por tu trabajo. Hubiéramos tenido que contratar a un vaquero…
-Olvídelo, padre. Si tuviésemos que decidir quién debe más, yo resultaría mayor deudor. Nunca olvidaré las horas que he pasado en esta casa.
Mientras Searles se sacudía el polvo llegó la india que servía a los frailes y dijo algo al oído del superior. Éste casi lanzó una exclamación de asombro y, en seguida, dirigióse hacia la Misión. La india se acercó luego a Searles y le

ofreció agua fresca en una jarra de barro de labor indígena.
Bebió ansiosamente el jinete, y cuando hubo calmado la sed llegó otro indio que le anunció que fray Jacinto le aguardaba en el patio.
Se encaminó hacia allí el joven, ciñéndose, mientras tanto, el cinturón canana del que pendían los dos revólveres. Al abandonar el porche y salir al jardín vio el pequeño estanque sobre cuyas aguas, sólo agitadas de vez en cuando por los juegos de los pececillos que las poblaban, florecían, esplendorosos, los nenúfares, salpicados por la fina lluvia que brotaba del surtidor de bronce que parecía una gran jarra sobre la ancha bandeja del mismo metal. Sentado al borde del agua y de espaldas al porche, se hallaba un hombre vestido a la moda mejicana, enteramente de negro, como si no le importase el calor que aquel tipo de traje tenía que producirle.
-¿Es usted? -murmuró Searles.
El hombre se volvió, descubriendo un rostro cubierto por un negro antifaz.
-Hola, Forbes -saludó el desconocido-. Ganaste una triste fama con tu nuevo nombre de Nick Searles.
-También la suya fue una fama un poco triste, señor Coyote -replicó el joven.
-Sí. Creí que no vendrías. Fray Jacinto me ha explicado un poco de lo que te ha ocurrido. Tal vez mi viaje hasta aquí haya sido inútil. Quería encargarte un trabajo honroso»
-¿Cuál?
-Uno en el que no conseguirás fortuna. Quizá prefieras asaltar Bancos.
-Es lo único de que tengo verdaderamente que avergonzarme, señor -replicó Searles-. Lo demás lo hice siempre en defensa propia y contra gente que lo merecía. Me gané la vida domando potros y a veces cuidando ganado…
-Ya lo sé. En el P. Cansada necesitan un nuevo capataz. El anterior murió asesinado por la espalda. ¿Quieres correr el riesgo de que también a ti te maten por la espalda?
-¿Adonde hay que ir?
-A Esperanza. Hay quien dice que el capataz del P. Cansada murió por orden de Isaías Bulder.
-¿El asesino de mi…?
-Sí, el asesino de tu padre. ¿Aceptas?
-Acepto.
-Deberás salir en seguida hacia allí. Irás recomendado por el juez Palmerston. Aquí tienes una carta suya, dirigida a Abraham Meade.
-¿Qué debo hacer?
-Si aceptas mi oferta entrarás a formar parte de la legión de hombres que me sirve sin saber quién soy, pero dispuesta a obedecer siempre mis órdenes. Recibirás el dinero que necesites y nunca te faltará mi ayuda, pues siempre estaré cerca de ti. Exijo obediencia ciega, porque el fin que persigo es noble y no debe ser puesto en peligro por una orden mal interpretada. Recibirás mis mensajes firmados con esta marca.
El Coyote se inclinó hacia el suelo y, con un enguantado dedo, trazó en la arena una cabeza de coyote.
-No debes decir jamás quién es tu jefe, ni mostrar a nadie mis mensajes. Si fracasas porque las circunstancias son más fuertes que tú, no deberás preocuparte; pero si el fracaso se debe a cobardía o desobediencia, serás expulsado de nuestra legión. Si fracasas porque eres traidor, el castigo es la muerte. Y por traición entiendo cometer acciones indignas de nuestra organización. Si alguna vez sientes tentaciones de valerte de la violencia para aumentar tu fortuna, debes desecharlas, porque sería implacable contigo.

-Sólo una vez me dejé llevar por el deseo de recurrir a la violencia para robar y obtener dinero. Me avergüenzo de ello.
-Así debe ser. Habrá momentos en que se exigirá de ti un trabajo que quizá no te guste, porque tu opinión personal esté en oposición con la mía. No debes creer que me engaño, sino que, valiéndome de mis medios, sé la verdad y, en cambio, tú la ignoras. Sin embargo, procuraré siempre no exigirte que mates a nadie; pero si llega el momento no debes vacilar.
-¿En asesinar?
-No, en matar cara a cara, poniendo tu vida en juego.
-¿Y usted estará cerca de mi?
-Siempre. Bajo disfraces que tú no podrás penetrar; pero dispuesto a ayudarte y a exponer mi vida por la tuya.
-Acepto; mas hay seis hombres que deben morir. Sé que están en Esperanza y no quiero que nadie se interponga entre mi venganza y ellos.
-Son tuyos, ya que forman parte del trabajo que se te encarga. Pero creo recordar que eran siete.
-Uno de ellos fue bueno conmigo.
-Está bien. Toma. En esta bolsa encontrarás cien dólares. No necesitas más y no quiero que te vean llegar con demasiado dinero. Buen viaje.
El Coyote se puso en pie y, sin agregar más, alejóse por el jardín, invadido ya por las primeras sombras de la noche. Searles le vio desaparecer como una sombra confundida con aquellas otras sombras. Más tarde oyó un galope y en un momento fray Jacinto reunióse con él.
-¿Llegó el hombre a quien esperabas?
-Sí, padre. Ahora seré honrado.
Abriendo la bolsa que El Coyote le diera, Searles vio dentro de ella un papel doblado. Era una carta en la cual el juez Palmerston recomendaba a Nick Searles a Abraham Meade.
A la mañana siguiente, Nick abandonaba la Misión de San Juan Capistrano, en dirección a Esperanza.

Capítulo III

Esperanza

El pueblecito de Esperanza yacía dormido apaciblemente bajo el calcinador sol del mediodía. El origen del nombre aquella población era un misterio; pero cabía suponer que fue bautizada por los conquistadores españoles que llegaron a ella después de haber perdido toda esperanza en el desierto que se extendía al Sur. Sin duda, la visión de los árboles resucitó los ánimos en ellos y los que quedaron en el lugar, reponiéndose de las fatigas pasadas, y levantaron las primeras casas, dieron el nombre de Esperanza a aquella incipiente población que luego fue creciendo hasta convertirse en lo que era entonces, o sea una población fronteriza, semejante a mil otras, formada por dos irregulares líneas de tristes parodias de casas hechas de troncos, o de adobes, o de ambas cosas. Sólo dos de aquellas casas constaban de un piso superior. Las demás sólo eran plantas bajas. De las dos casas en cuestión, una era el hotel y la otra la taberna de Glen, que tenía sobre su puerta un

ancho rótulo con el nombre de «El Dorado». Este establecimiento tenía adjunta una sala de baile y una sala de juego. El resto de la población comprendía un Banco, sólidamente construido de ladrillos, una herrería, dos almacenes donde se vendía de todo y uno de los cuales era, al mismo tiempo, estafeta de Correos; varias tabernas de menor importancia, barracas y malas casas que albergaban la población permanente. Unas irregulares aceras de tablas hacían posible el paso de los transeúntes. La calle terminaba en un rústico puente que cruzaba el riachuelo que, después de un tortuoso viaje desde las montañas de Mesa, al Norte, surtía de agua a la población de Esperanza e iba a morir unos dos kilómetros más allá.

En aquellos momentos la calle aparecía desierta, a excepción de los dos hombres que se hallaban a la puerta de una de las tabernas de menor importancia. Uno de ellos era el propietario del lugar, Brennon, tipo bajo, recio, de cara amplia y ojos menudos y alegres. El otro era forastero en Esperanza, y el dueño de la taberna sentía mucha curiosidad acerca de él.

El forastero era un joven que representaba unos veinticinco o veintiséis años, aunque debía de tener menos. Sus anchos hombros y estrechas caderas eran los de un atleta. Su afeitado rostro, muy curtido por el sol, poseía unos ojos azules y fríos, una mandíbula firme y la gravedad de un piel roja. Su atavío de vaquero era de buena calidad, aunque no muy nuevo, y lo mismo se advertía respecto a sus revólveres, colgados muy bajos y cuyas fundas estaban sujetas por su extremo a las piernas, para facilitar el saque de las armas.

-Esta ciudad parece muy vacía -comentó el forastero.

-Cuando llegue la noche se animará -replicó Brennon.

La charla languideció de nuevo. El tabernero observaba al otro, preguntándose quién podía ser. ¿Un vaquero sin trabajo? ¿Un pistolero? ¿Ambas cosas a la vez? ¿Qué podía haberlo traído a Esperanza, pueblo que no estaba en el camino de ninguna parte?

Las meditaciones de Brennon y las posibles del forastero fueron interrumpidas por una sarta de imprecaciones, por unos restallidos y unos aullidos de dolor. Un hombre acababa de salir de «El Dorado» y con un látigo se dedicaba a despellejar vivo a un perro, casi un cachorro. El sujeto llevaba una sucia camisa a cuadros y poseía una lengua mucho más sucia.

-¡Te enseñaré a gruñirme! -gritaba repitiendo sus latigazos-. ¡Aunque tenga que arrancarte la piel a tiras! ¡Desagradecido!

Varios hombres salieron a disfrutar del espectáculo que estaba dando Loco Mike.

-¡Duro con él! -rió alguien-. ¡Demuéstrale que tú le ganas a bestia!

El perrillo aullaba con todas sus fuerzas y pugnaba por escapar, arrastrando tras él a su amo. Al llegar frente a la otra taberna, Loco Mike levantó el látigo para descargarlo de nuevo, cuando una voz ordenó:

-¡Suelta ese látigo!

El forastero habíase puesto en movimiento, dando un par de pasos que le condujeron al borde de la acera.

Mike le miró con los ojos llenos de salvaje sorpresa. Vaciló un momento y, por último, replicó:

-¡Váyase al diablo!

-¡Suelta ese látigo, cerdo!

Esta vez la orden fue claramente amenazadora.

Mike comprendió la amenaza y comprendió, también, que debía obedecer o luchar. Decidió hacer ambas cosas. Soltando el látigo echó mano a su

revólver.
El forastero no hizo ningún movimiento hasta que el otro tuvo el revólver fuera de la funda. Entonces de su cadera derecha brotó un fogonazo y una nube de humo, y Mike cayó de lado, en medio del polvo. El forastero avanzó hacia él.
-¿Es tuyo este perro? -preguntó.
-Sí. ¿Qué tiene usted que ver con ello?
-He decidido comprarte el perro. Te daré cinco dólares por él, o sea cinco veces el valor del animal y mil veces el tuyo.
-Esto no terminará aquí -gruñó Mike, guardándose las monedas.
-Si no eres prudente y te marchas, es posible que no termine aquí -replicó el forastero, mientras el perro, reconociendo, sin duda, un amigo en él, fue a tenderse a sus pies. Su antiguo amo se alejó cojeando.
Su vencedor le siguió con la mirada durante unos minutos y se inclinó a acariciar la cabeza del animal. De pronto le interrumpió una furiosa y femenina voz, que gritaba:
-¡Cobarde!
Extrañado, el defensor del perro volvióse y descubrió a una joven que debía haber salido de la tienda inmediata. De estatura mediana, la muchacha vestía una corta falda de cuero, botas de altas cañas, camisa de hilo y llevaba ceñido al cuello un pañuelo vaquero. Un sombrero de ala ancha dejaba escapar la abundancia de una cabellera castaño oscura.
-Seguro, señorita -replicó el forastero-. Pude haberle matado y se lo merecía, pero sólo le estropeé un ala. Dentro de dos o tres semanas estará otra vez bien. Por lo que veo, a usted, señorita, no le gustan los perros.
-Ve usted mal, forastero. Me gustan los perros; pero no los coloco al mismo nivel que los seres humanos.
-Hace usted bien, señorita -sonrió, irónico, el joven-. Decir que un perro es igual que un hombre sería insultar al perro. Están muy por encima de la mayoría de ellos.
La chica mordióse el labio inferior y contestó:
-Usted provocó a ese hombre para hacerle que sacase el revólver y tener así una excusa para herirle. Sabía que podía usted disparar antes que él.
-Le advierto, señorita, que yo no había tenido hasta ahora el, disgusto de conocer a ese amigo suyo. Él fue el primero en sacar el revólver, y seguro que estaba dispuesto a disparar.
-Ésa es la excusa que dan siempre los asesinos profesionales... como usted. Seguramente lo único que le interesaba era agregar una muesca más a la culata de sus revólveres.
Con veloz movimiento, el forastero desenfundó sus revólveres y los tendió hacia la joven, mostrándole las culatas: luego, como hablando al perro, dijo:
-Sí, me gusta notar cómo saltan en mis manos; pero nunca se me ocurrió ponerles muescas; un día de éstos se las añadiré. Hará bonito y servirán de aviso.
La joven le dirigió una mirada de desprecio y replicó, secamente:
-¡Es usted odioso!
El hombre guardó los revólveres, y tirando suavemente de las orejas del perro, comentó:
-No parece que le seamos simpáticos a la señorita. Y lo siento, porque es lá cara más bella que he visto en mi vida...
Las palabras del forastero fueron interrumpidas por la llegada de cuatro jinetes que frenaron sus caballos frente a la taberna. El jefe, hombre moreno

y de aquilina nariz, no parecía estar de muy buen humor.
-¿Es usted el que disparó sobre uno de mis hombres? -preguntó, violentamente.
-¿Me lo pregunta a mí? -replicó el forastero-. Lo único que puedo decirle es que metí una bala en un cerdo de dos patas. Si era uno de sus hombres, le diré que elige usted muy mal a sus amigos.
El recién llegado hizo como si no hubiera oído esto y siguió:
-¿Qué derecho tiene usted a interponerse entre un hombre y su perro?
-Éste -replicó suavemente el forastero, pasando las yemas de los dedos índices por las pulidas culatas de sus armas.
-¡Ya! -replicó el otro-. Es usted uno de esos aficionados a juegos malabares con los revólveres, ¿no? ¿Qué se le ha perdido por aquí?
-¿A mí? ¿Es usted acaso el sheriff o un representante suyo?
-No soy el sheriff, pero...
-Pero el sheriff hace lo que usted quiere, ¿no? -interrumpió, burlonamente, el otro-. Para el caso es lo mismo.
El forastero hablaba con acento cansado, como si estuviera discutiendo con un niño, pero de pronto su voz sufrió una perceptible alteración y, secamente, dijo:
-Si ese amigo que está detrás de usted no deja quietas las manos, se va a encontrar usted con otro hombre de menos, caballero.
-No te metas en esto, Peters -ordenó el jefe. Y volviéndose al que estaba de pie ante él, siguió-: Le he preguntado qué se le había perdido aquí. Es mejor que no ponga demasiado a prueba mi paciencia.
El desconocido se echó a reír.
-¡Poner a prueba su paciencia! ¡Tiene gracia! Bien, veremos de qué clase de madera están ustedes hechos.
El joven hizo un velocísimo movimiento con las manos y éstas aparecieron armadas con sus dos revólveres, con los cuales amenazó a los que estaban frente a él.
-Ahora -siguió- voy a contarles una verdad. En menos de segundo y medio puedo tumbarlos de espaldas a los cuatro. Por lo tanto vuelva la cola y desaparezcan. Me están molestando.
El aspecto del muchacho había variado por completo. La sonrisa había desaparecido de su rostro y todo su cuerpo estaba en tensión. No cabía error posible en la realidad de la amenaza. Cogidos por sorpresa, los cuatro hombres no tenían opción y de mutuo acuerdo dieron media vuelta y se alejaron hacia «El Dorado», seguidos por las asombradas miradas de toda la población de Esperanza. Cuando desaparecieron de la taberna, el forastero volvióse y tropezó con la mirada de incredulidad y consternación de Brennon.
-¿Qué le ocurre, amigo?-preguntó.
-¿Qué me ocurre? Pues que se ha metido usted en un buen lío, forastero. ¿Sabe quién era ése a quien ha puesto en ridículo? Pues Isaías Bulder, más conocido por Negro Bulder. Cuando él habla, toda la población de Esperanza mueve la cola, aplaude y dice que sí.
Un destello de ira pasó por los ojos del desconocido. En seguida recobró su aspecto habitual y comentó:
-Debe de haberle resultado terrible encontrarse con alguien que ni aplaudía, ni movía la cola, ni decía que sí.
-No es cosa de risa -reprendió Bren-non-. Tiene en sus manos todo el poder de Esperanza, y si regresa con sus fuerzas le acribillarán a tiros.

-Entonces conviene que Esperanza tenga un buen cementerio y un hospital espacioso. Todo hará falta cuando la discusión haya terminado.
-El que usted termine con algunos de ellos no mejorará su situación. Un hombre no puede ganar a veinte. Aunque no sienta ninguna simpatía por Negro Bulder, no me gustaría que me destrozaran la taberna. De todas formas, si no tiene otro sitio adonde ir, puede entrar en ella.
-Gracias. Me alegro de haber encontrado un hombre decente; pero no tema, no me haré matar en su establecimiento. Reanudo la marcha.
Entrando en el corral, el forastero ensilló su caballo y lo condujo a la parte delantera de la taberna. Después de haber bebido con el propietario, montó a caballo y alejóse lentamente hacia el Este.
El perro que había sido causa de todo el trastorno echó a correr tras él, en medio de alegres ladridos.
-No te alegres tan pronto, «Leal» -dijo el jinete, bautizando al perro con el primer nombre que le vino a la memoria-. La cosa aún no ha terminado y quizá antes de poco vuelvan a llover sobre ti algunos palos.

Capítulo IV

El rancho P. Cansada

Abraham Meade, propietario del rancho P. Cansada (su marca era una P inclinada a la izquierda, como si estuviese apoyada en un tronco), estaba sentado en el amplio porche de su casa, royendo pensativamente la boquilla

de una pipa que hacía rato habíase apagado y mirando la amarilla y polvorienta carretera que cruzaba los prados en dirección a Esperanza, situada a unos treinta y tantos kilómetros de allí. Meade era un hombre no muy alto, recio, de cabello y bigote grisáceos, de unos cincuenta años cumplidos, en cuyo rostro se acusaba la tensión mental que le dominaba y que para cuantos le conocían era un problema, ya que en el P. Cansada todo parecía marchar viento en popa, pues se trataba del mejor rancho de toda la región.

De pronto la mirada de Meade captó un lejano puntito negro en la carretera, y cuando, al cabo de unos minutos, el puntito se transformó en un jinete, el rostro del ranchero se iluminó. Sacó del bolsillo una carta y, abriéndola, la releyó atentamente. Su mirada se posó unos segundos en la extraña firma, que representaba una cabeza de animal (de lobo o coyote) trazada de un solo rasgo. Al fin, respirando hondo, sacó una caja de cerillas de azufre y, encendiendo una, prendió con ella fuego a la carta, que utilizó, a su vez, para encender la pipa. Luego contempló cómo la llama consumía todo el papel y después aplastó los negros restos quemados.

Mientras tanto, el jinete que se aproximaba fue aumentando de tamaño y Mea-de vio que le seguía un perro. Desapareció un momento el viajero tras los primeros edificios del rancho y al reaparecer en el patio saludó con la mano al propietario, y desmontando, fue hacia la galería.

-Hola, Searles -saludó Meade-. Entre en casa. Este sol es terrible.

Teniendo en cuenta la época y el lugar, la habitación donde entraron era muy lujosa. El piso estaba cubierto por una alfombra india y los muebles, de roble, eran pesados, elegantes y cómodos. Con gran extrañeza, el visitante vio un lujoso piano. El dueño de la casa trajo una botella de coñac, vasos, agua fresca y una caja de cigarros. El recién llegado sirvióse de las tres cosas y, acomodándose en un sillón, encendió el cigarro elegido y aguardó a que el dueño hablase.

-Hace un par de semanas alguien mató a Stevens, mi capataz. Le disparó un tiro por la espalda... -Meade hablaba seca, casi violentamente-. Llegó su caballo, sin jinete, y envié a los muchachos a que vieran de encontrarle. Hallaron el cadáver en una cañada, en los Pinnacles. Era un hombre bueno, tranquilo, sin enemigos y, sobre todo, era leal conmigo. El hombre que ocupe su puesto correrá los mismos riesgos. ¿Lo comprende?

-Seguro -replicó Searles.

Meade acarició se la barbilla y al cabo de un momento siguió:

-He recibido una carta en la cual se me anunciaba su llegada y se me daban ciertos consejos. He estado meditando sobre ambas cosas y, aunque al principio no me gustaba mucho la idea de que usted fuera mi capataz, luego, al recordar cómo asesinaron a Stevens y los riesgos que hay que correr, he llegado a la conclusión de que nadie mejor que usted podría ocupar la plaza vacante. La carta que he recibido tenía una firma extraña. ¿Se imagina cuál es?

-Una cabeza -replicó Searles.

-Sí, una cabeza; pero, ¿de qué?

-¿De qué? -preguntó a su vez Searles-. Usted es quien ha recibido la carta.

-Sí; pero usted es quien llega. ¿Cómo sé que no ha habido otra jugada sucia?

-La persona que firmó esa carta que dice usted haber recibido, me entregó como presentación una carta del juez Palmerston para usted.

-Eso decía El Coyote -murmuró Meade.

Searles sonrió.

-Toda prudencia es poca, aunque yo le reconocí en seguida.
-¿Cuándo nos hemos visto? -sorprendióse el otro.
-Hace años. Yo era muy joven y usted algo más que ahora. Bulder le tiene en sus manos, ¿verdad?
-Sí -murmuró Meade-. En la vida uno suele cometer a veces tonterías que se pagan muy caras. Hubo un tiempo en que, como todos, yo robé tierras. Podría decir que la ley me apoyaba y que los verdaderos propietarios no tenían sus documentos en regla. Pero no quiero dar a las cosas un nombre falso. Hubo un día en que uno de los hombres a quienes despojé vino a verme. Trató de asesinarme de una cuchillada y yo me anticipé a él y le maté de un tiro. Fue en defensa propia; pero, aunque quisiera, no podría probarlo. Bulder tiene ciertas pruebas que, si se sacaran a relucir, me perjudicarían. Sobre todo porque él domina a la ley. Gracias a esas pruebas me tiene puesto el pie encima y me obliga a hacer lo que quiere.
-¿No puede librarse de esa carga?
-No. Hasta ahora no he podido; pero esa persona de quien hemos hablado me ha hecho ver que la solución es mucho más sencilla de lo que hasta ahora yo me había figurado. Todo depende de usted. El hombre que gobierne este rancho ha de ser de toda confianza, pues en sus manos quedará la hacienda.
-Un momento, señor Meade. ¿Sabe esa persona que usted mató a aquel hombre?
-Sí. Y también sabe que a su familia no le ha faltado, desde entonces, nada de lo necesario y hasta de lo superfluo. He cuidado de que su mujer, sus hijos y todos sus familiares trabajasen en el rancho cobrando buenos sueldos. No saben que yo lo maté, y una de las amenazas que Bulder mantiene suspendidas sobre mi cabeza es la de que descubrirá la verdad a esa gente, y así, si la justicia no termina conmigo, los hijos de aquel hombre se encargarán de matarme.
-Supongo que no pensará utilizarme para deshacerse de estos hombres.
-No, Searles. Sé que es usted veloz y certero en el manejo del revólver; pero no quiero alquilar sus armas para ese fin. Las quiero para defender mis propiedades.
-¿Es de confianza su equipo de vaqueros?
Meade movió, dubitativamente, la cabeza.
-No sé -replicó-. Eso es algo que tendrá que comprobarlo usted por sí mismo. Stevens afirmaba que algunos de nuestros hombres eran de absoluta confianza; pero no citó nombres. Lo malo es que algunos de mis vaqueros vinieron recomendados por Bulder y tuve que tomarlos. Le concedo libertad de acción para disponer de ellos como guste.
-Bien. ¿En qué sentido le tiene puesto Bulder el pie encima?
-Me despoja de mi ganado.
-¿Se lo roba?
-No; de cuando en cuando me pide cincuenta o sesenta cabezas y tengo que enviárselas.
-¿Sólo por haber matado a un hombre en defensa propia? -preguntó, incrédulamente, Searles.
Meade le dirigió una profunda mirada. Al fin inclinó la cabeza y murmuró:
-No. Hay otra cosa. Otro motivo por el cual nunca toco eso -y señaló la botella de coñac-. Una vez bebí demasiado e hice algo que... que quisiera contarle; pero aún no me atrevo. Se trata de algo que, unido a lo otro, bastaría para condenarme. Es algo grave...

-Que El Coyote no sabe.
-Tal vez no, o acaso sí, pues en su carta me decía que sabía todo lo relativo a mi pasado.
-Está bien, creeré que, desde el momento en que me ha enviado, sabe que las culpas de usted no son demasiado graves.
-Gracias. Tengo la impresión de que usted salvará mi rancho y a mi hija.
-¿Tiene usted una hija? Lo ignoraba.
-Sí, ahí viene. Carolina, quiero presentarte a nuestro nuevo capataz, el señor Searles.
La joven acababa de entrar en el salón y Nick reconoció en ella a la misma muchacha que le había llamado cobarde en Esperanza. Al ver al pistolero no hizo intención de tenderle la mano, limitándose a decir:
-El señor Searles y yo ya tuvimos el gusto de conocernos.
El ranchero miró extrañado a su hija y a Searles, y éste explicó:
-La señorita y yo nos conocimos hace unas horas, durante una discusión que sostuve con el señor Bulder y cuatro de sus sabuesos.
Y, sin alterar en nada los hechos, Searles explicó a Meade lo ocurrido.
El ranchero no pareció compartir la indignación de su hija. Al terminar el relato, dijo:
-Bien, esta noche cenará con nosotros, Searles.
-Gracias; pero prefiero cenar con los muchachos -se apresuró a replicar el nuevo capataz, advirtiendo que la joven no parecía muy satisfecha con la invitación de su padre.
Éste asintió y, levantándose, dijo:
-Venga, le presentaré a sus hombres.
Salieron del salón, dejando en él a la enfurecida Carolina, y dirigiéronse a las dependencias destinadas a los vaqueros, que en aquellos momentos estaban desensillando sus caballos o fumando a la sombra. El señor Meade anunció:
-Muchachos, os presento a Nick Searles, el nuevo capataz. Ocupará el puesto de Stevens desde este preciso momento.
Algunos de los vaqueros sonrieron amablemente murmurando un saludo; otros se limitaron a permanecer inexpresivos, en tanto que unos pocos evidenciaban su disgusto. Searles se conformó con observarlos a todos.
-Ésa será su cabaña, Searles -indicó Meade, señalando una construcción de troncos separada de la vivienda común de los vaqueros-. Está ya dispuesta; pero si necesita algo más se le proporcionará. Adiós.
Searles metió su caballo en el corral y guardó en su vivienda la silla de montar y la poca impedimenta que traía. La cabaña constaba sólo de una habitación amueblada con una cama, una estantería, varías sillas y una mesa.
Cuando el joven se hubo quitado el polvo del viaje, salió de su alojamiento y dirigióse al de los vaqueros. Al acercarse oyó voces.
-No me gustan los perros -decía alguien-. Y menos de noche. Me asustan.
Era Jonathan, el cocinero negro.
-No debes asustarte -replicó otro de los vaqueros-. No tienes que hacer más que cerrar los ojos y la boca y en la oscuridad el perro no podrá verte.
La entrada de Searles interrumpió la conversación. Al ver que el negro se apartaba de Leal, el nuevo capataz dijo, sonriendo:
-Yo sé de un sistema mejor, Jonathan. De cuando en cuando puedes darle al perro un buen pedazo de carne y será tu amigo para toda la vida. Los perros no son como los hombres. Si se les trata bien, ellos no lo olvidan nunca.
-Sí, señor; lo haré -prometió el negro, saliendo de la estancia y sonriendo

ampliamente.
-Creo que hemos salvado a nuestro cocinero -sonrió Searles-. Supongo que debe de ser de los mejores que existen, ¿no?
-Sí -contestó el mismo que había hablado antes aconsejando a Jonathan que cerrase la boca y los ojos-. No hay cocinero que se le pueda comparar.
La cena servida en el comedor de los vaqueros justificó la reputación del cocinero. Leal asistió a ella royendo un magnífico y carnoso hueso y dirigiendo miradas de inconfundible agradecimiento a Jonathan. Searles apenas habló, entreteniéndose en observar a los hombres de quienes acababa de ser nombrado jefe. Eran diez y había tres más ocupados en otros puntos del rancho. La juventud y la mediana edad estaban equitativamente representadas. Uno de ellos, llamado Donahue, atrajo en seguida su atención. Era un hombre de unos cuarenta años, fuerte, de ojos pequeños y largo bigote que ocultaba casi enteramente la boca. Era uno de los que no habían acogido con agrado el nombramiento del nuevo capataz. Con la misma hostil expresión con que le había mirado entonces contemplaba ahora el café.
-¿Qué clase de agua sucia es ésta? -gruñó, al fin, cuando Jonathan entró con un nuevo plato.
-Es café -aseguró el negro.
-Pues a mí me parece agua de fregar platos -gruñó el otro-. Tenemos un excelente capataz y en seguida tratas de envenenarle con esto.
Con una sonrisa, Searles declaró:
-Pues a mí me parece un excelente café.
-¿De veras? -replicó Donahue-. Depende de lo que esté usted acostumbrado a beber. Stevens no hubiera tolerado que nos sirvieran esto. Era un buen capataz y no será fácil que encontremos otro igual.
El torpe esfuerzo por mostrarse hostil era muy claro; pero Searles fingió no advertirlo. Dirigiéndose a todos, comentó:
-El señor Meade me dijo que la muerte de Stevens era un misterio.
-Nada de misterio -replicó uno de los vaqueros, llamado Bailey, pero más conocido por Huesos, ya que su cuerpo apenas constaba de otra cosa-. Los Máscaras Blancas lo mataron.
-Si repites mucho eso irás a reunirte con Stevens -dijo Donahue.
-¿Quiénes son los Máscaras Blancas? -preguntó Searles-. No había oído hablar de ellos.
-Son una cuadrilla de bandidos que operan por estas tierras y cuya identidad nadie conoce -contestó Bailey.
-¿Tenían algo ellos contra Stevens? -preguntó Searles.
-No creo; pero tal vez él descubriera su escondite en los Pinnacles -indicó Bailey-. Los Máscaras Blancas son muy peligrosos y creo que ni el mismo Negro Bulder desea ponerse a mal con ellos.
-¡Bah! -gruñó Donahue-. El día en que Bulder se lo proponga irá a comerse a esos Máscaras Blancas.
Searles tomó buena nota de la observación. Sin duda aquél era uno de los hombres que debían su puesto allí a la influencia de Bulder.
-Tarda mucho en proponérselo -comentó Rayton, uno de los vaqueros más viejos-. Quizá tengamos que ser nosotros los que al fin terminemos con esos bandidos.
Donahue dirigió una mirada de odio a Rayton, y Searles se dijo que antes de poco tendría que chocar con aquel hombre.
El choque ocurrió mucho antes de lo que él esperaba. A la mañana

siguiente, después del desayuno, reunió a los muchachos en el corral para darles las instrucciones del día. Observó que Donahue, otro vaquero llamado Innes, y Daniels estaban juntos. Al momento sospechó que iba a haber algún choque. Los dos primeros cambiaban miradas de inteligencia y el tercero parecía muy nervioso.
-Creo que, desde que murió Stevens, usted, Donahue, se encargó del almacenaje del heno-dijo-. Puede seguir encargándose de eso.
En los ojos de Donahue se pintó el júbilo que estas palabras le producían. Si el nuevo capataz no le tenía miedo, al menos tampoco deseaba provocarle. Arqueando el pecho, replicó, belicosamente:
-Me parece que hay algo que oponer a eso.
-Diga lo que tenga que decir -replicó Searles.
Donahue frunció el ceño y replicó:
-Ha conseguido usted el empleo que legalmente debiera haber sido para uno de nosotros. El patrón no ha jugado limpio al traernos un forastero.
Searles no quería llevar las cosas por el camino de la violencia. Por ello replicó:
-Tal vez tenga usted razón, Donahue; pero ¿qué quería que le dijese yo al señor Meade? ¿Que había elegido mal a su capataz?
Varios de los vaqueros se echaron a reír; pero Donahue acentuó su furiosa expresión y violentamente replicó:
-Ya le diré yo unas cuantas cosas al señor Meade.
-Lo único que le dirá, Donahue, es que acabo de despedirle -dijo, sin ninguna violencia, Searles. Y cuando Donahue hizo un significativo movimiento con las manos, agregó-: Retire la mano del revólver. ¡No tiene usted valor para desenfundarlo!
Durante unos segundos los dos hombres permanecieron frente a frente, separados por sólo un par de metros. Al fin, Donahue bajó los ojos.
-Maldito! -rugió-. Te voy...
Searles esperaba lo que iba a hacer Donahue y, antes de que éste pudiera empuñar su revólver la mano del capataz se cerró en torno de su muñeca, impidiéndole todo movimiento.
-¡Cobarde! -exclamó-. Ibas a disparar contra un hombre que te volvía la espalda. Así murió Stevens. ¡Y tú deseabas su puesto! Me dan tentaciones de...
Searles sacudió violentamente al hombre hasta hacerle castañetear los dientes y, al fin, lo tiró al suelo.
-¡Ve a cobrar tu sueldo y lárgate en seguida! -ordenó.
Gruñendo amenazas, Donahue se puso en pie y se alejó hacia el edificio del rancho. Searles volvióse hacia los otros, preguntando:
-¿Alguien más desea marcharse?
-Yo -declaró Innes, partiendo tras de Donahue. Searles miró a Daniels y preguntó:
-¿Y usted?
-Yo prefiero quedarme.
-Perfectamente -replicó el capataz, procediendo a dar las instrucciones para el trabajo del día.
Cuando todo quedó arreglado y los vaqueros marcharon a sus tareas, Searles se encaminó al rancho, encontrando juntos a Meade y a su hija.
-Hola, Searles -saludó el propietario-. Parece que la cosa ha empezado a funcionar.
-Sí, patrón -replicó el joven-. He tenido que desprenderme de dos de sus

hombres. No me parecían muy seguros.
-Pues hasta ahora lo habían sido -intervino Carolina Meade-. Eran de confianza. Los recomendó el señor Bulder.
La violencia del ataque sorprendió a Searles.
-Ignoraba que fueran amigos suyos, señorita Meade -murmuró.
-No hago amistad con vaqueros, señor capataz -replicó la joven-. Supongo que, siguiendo su sistema, los provocó para hacerles empuñar sus revólveres y poderlos matar.
-Y añadir dos muescas más, ¿verdad? -sonrió Searles-. No, señorita. La única provocación fue encargar a Donahue un trabajo que él juzgó indigno y rechazó. Al intentar asesinarme por la espalda tuve que discutir con él. Innes le siguió por su propia voluntad.
-El señor Bulder no verá eso con gusto -objetó la joven.
-¡Estoy harto ya de Bulder! -gritó el señor Meade-. Cuando concedo un puesto importante a un hombre le apoyo con todas mis fuerzas, Carol. Searles, puede usted despedir a todo el equipo, si quiere. ¿Deseaba verme para algo más?
-Quisiera hablar con usted de algunos negocios, señor. Asunto de hombres, que aburriría mucho a su hija. Volveré luego.
Carol demostróse deliberadamente hostil y no parecía dispuesta a retirarse, por lo cual Searles salió del salón a tiempo de ver llegar a Bulder, quien, sin parecer fijarse en el nuevo capataz del P. Cansada, entró en la casa. Allí fue acogido con poco entusiasmo por Meade.
-Hola, Abe1 -saludó-. He venido a buscar a Carol para llevarla a dar un paseo; pero antes quiero hablar contigo.
-¿Qué sucede? -preguntó Meade.
-¿Qué significa eso de despedir a Donahue y a Innes?
-Donahue recibió una orden y, en vez de cumplirla, quiso empuñar su revólver contra mi capataz -explicó Meade-. En cuanto a Innes, él mismo se marchó.
-Donahue está disgustado porque no se le concedió el puesto de Stevens -dijo, duramente, Bulder-. ¿De dónde sacaste a Searles? El nombre me es vagamente familiar.
-Me hablaron de él y me lo recomendaron como hombre capaz de imponerse a un equipo y a una cuadrilla de bandidos.
-Tal vez lo sea; pero no me es simpático y tiene que marcharse.
Meade vaciló un momento. Al fin, humillando la cabeza, replicó:
-Dentro de unos días...
-¡Tiene que marcharse mañana sin falta! -ordenó Bulder-. Y, a propósito -siguió luego-: me faltan setenta y cinco cabezas para completar una remesa de ganado. Dentro de un par de días las enviaré a buscar. Que sean de tres a cinco días.
El ganadero ahogó difícilmente su ira.
La llegada de su hija, dispuesta para dar un paseo a caballo, le ahorró la dificultad de una réplica violenta. Al ver a la joven, Bulder se suavizó.
-Veo que no has olvidado el paseo que convinimos -dijo.
Carolina se sonrió y, despidiéndose de su padre, montó a caballo, ayudada por el propietario de I. B. que, montando en seguida en su caballo, se colocó junto a ella. Cuando pasaban frente al rancho de los vaqueros vieron a Searles que entraba en él.
-Ése es vuestro nuevo capataz, ¿verdad, Carol? -preguntó Bulder-. ¿Qué

[1] Abe, diminutivo de Abraham.

opinas de él?
-No opino nada -replicó la joven, aunque faltando a la verdad.
-Me alegro -replicó Bulder-. Así no debo preocuparme. He aconsejado a tu padre que lo despida y temí que sintieras alguna simpatía por él.
-Mi simpatía no se deja ganar fácilmente, señor Bulder -replicó Carol-. Espero que papá siga su consejo.
Pero, al decir esto, una duda pasó por su cerebro. Había advertido que, a pesar del poco tiempo que Searles llevaba allí, su presencia parecía haber logrado un significativo cambio en Abraham Meade, que había vuelto a ser más el de antes.
Bulder, satisfecho de que sus temores no se confirmaran, olvidóse del nuevo capataz y durante el resto del paseo sólo se preocupó de admirar a Carolina. Aunque nunca le había hablado abiertamente de amor, había dejado entrever claramente sus intenciones respecto a ella, y la misma Carol daba por descontado que alguna vez ella y Bulder se casarían; sin embargo, aquel día se encontró con que la comparación entre el hombre que debía ser su marido y el que cabalgaba junto a ella surgía demasiado a menudo y con un resultado que no hubiera sido ciertamente agradable para Bulder, de haberlo éste conocido.

Capítulo V

La desaparición de Meade

A última hora de aquella tarde, el capataz del rancho P. Cansada fue llamado de nuevo por su jefe.
-Ha venido Bulder -empezó el ranchero.
Searles asintió con la cabeza y aguardó lo que Meade tenía que decirle.
-Las cosas han llegado a un punto en el que ya no pueden continuar. Hay que buscar una solución.
-¿Cuál?
-Bulder me tiene dominado -prosiguió Meade-. Pero el poder que posee sobre mí sólo es personal. Si yo desaparezco, desaparece también su fuerza. oComprende?
Searles inclinó la cabeza.
-El motivo de la visita de Bulder ha sido doble -siguió Meade-. Quiere que le despida a usted y quiere, también, que le entregue setenta y cinco cabezas de ganado. ¡No pienso obedecer ninguna de sus dos órdenes! Los acontecimientos se han precipitado un poco; pero eso no puede evitarse, y aunque me hubiera gustado tomar la decisión con más calma, tendré que obrar de acuerdo con las circunstancias. Yo desapareceré hoy mismo sin dejar ningún aviso ni rastro alguno. Usted, como capataz del rancho, se hará cargo de la dirección del mismo y no recibirá órdenes de nadie, pues sólo puede recibirlas de mí. El juez Palmerston, de Desierto, ha sido nombrado

ejecutor testamentario y tutor de Carol. No sabe lo que pienso hacer; pero le ayudará a salir de los apuros en que se va a encontrar usted.
-Para su hija va a ser muy triste no saber qué suerte ha corrido usted -observó Searles.
-Lo sé; pero no hay otro remedio. Si Carol supiese la verdad, su comportamiento haría sospechar a otros y entonces el efecto del paso que voy a dar se perdería. Negro Bulder me perseguiría hasta dar conmigo. Riley, del R. R., quiere unas cincuenta cabezas de ganado de tres a cinco años. Con el dinero que le pague tendrá usted para los gastos que se presenten, ya que la verdad es que en el Banco apenas tengo cien dólares. Como verá, amigo Searles, a pesar de su fama, tengo confianza en usted y pongo en sus manos mi rancho y mi fortuna.
-Puede confiar en mí -aseguró el antiguo proscrito.
-Así lo haré. Y ahora, muchacho, recuerde que yo no le he dicho nada y que no tiene usted ninguna explicación que dar acerca de mi ausencia. Adiós.
Los dos hombres cambiaron un fuerte apretón de manos y se separaron. El ranchero salió de su casa más alegre de lo que había estado en mucho tiempo.
La ausencia de Meade no sorprendió aquella noche a su hija, pues no era la primera vez que el ranchero pasaba la noche fuera de su casa; pero cuando el día siguiente transcurrió sin que se supiera noticia alguna de su padre, la joven empezó a alarmarse, alarma que culminó cuando el caballo en que había partido Meade regresó sin su jinete. Searles y Carol examinaron al animal, que parecía muy fatigado y en cuya silla se veían unas inquietantes manchas oscuras. Un detalle también inquietante era la ausencia del fusil que el ranchero solía llevar cuando salía a caballo.
Esto era algo distinto de lo que esperaba Searles, y temiendo que las cosas se hubieran complicado más de lo que se había convenido, reunió un grupo de vaqueros y salió a recorrer los prados y el desierto, sin que su busca tuviera ningún resultado. Cuando regresó al P. Cansada, al cabo de seis días de inútil investigación, tuvo que confesar a Carolina que no sé había hallado ni rastro de su padre. Bulder estaba allí y escuchó sombríamente la noticia.
-Carol, puedes disponer de mi equipo -dijo-. Ellos continuarán buscando a tu padre. No comprendo qué puede haberle sucedido.
-Si estuviera sobre la tierra le hubiéramos encontrado -replicó Searles-. Si está debajo... -el capataz se encogió significativamente de hombros.
-Creo lo mismo -asintió Bulder-. En fin, no abandonemos la esperanza. A propósito, Carol, tu padre me prometió setenta y cinco cabezas para completar una expedición.
-Encárguese de que sean entregadas -ordenó la joven, dirigiéndose a Searles.
-¿Qué precio paga? -preguntó el capataz.
El rostro de Bulder se ensombreció.
-No hay que hablar del precio -replicó-. Esos animales forman parte del pago de una deuda.
-¿Puede presentarme el documento que justifique esa deuda? -preguntó el capataz.
-¿Qué le importa eso? -gritó Bulder-. Ha recibido usted unas órdenes. ¡Cúmplalas!
-No es de usted de quien debo recibir órdenes, señor Bulder -replicó Searles-. Y aunque haré lo posible por complacer a la señorita Meade en cuanto me pida, no estoy dispuesto a entregar a nadie parte de los bienes de los que soy responsable ante el propietario del rancho. Soy el capataz de esta hacienda.

-Diga usted que lo era, Searles -replicó, violentamente, Bulder-. La señorita Meade acaba de despedirle.
-Eso es algo que la señorita no puede hacer -replicó Searlesr.
-¿No? ¿Es que este rancho no es suyo?
-Tiene usted razón. El rancho no será de la señorita Meade hasta que ella llegue a la mayoría de edad. Entonces podrá despedirme; pero, entretanto, Meade me colocó en este puesto y yo permanezco en él.
Había tal firmeza en el tono de Searles que toda discusión resultaba ya inútil; por ello, el capataz dio media vuelta y marchó a sus asuntos, dejando a Carol y a Bulder. Éste declaró:
-Este tipo merece una buena lección y yo me encargaré de dársela. Déjalo en mis manos y no te preocupes más. Pronto te verás libre de él.
Mucho después de haberse marchado Bulder, Carol siguió reflexionando sobre la situación creada por la ausencia de su padre. Aunque familiarizada con la vida del rancho, no sabía nada de cómo se organizaba el trabajo en él. Además, la fría v tranquila autoridad del joven capataz le daba una confianza muy grande, aunque no quería admitirlo. Odiaba a Searles y deseaba que Bulder le echara de allí.

* * *

Transcurrieron así unos diez días sin que se supiese noticia alguna del desaparecido ranchero. Los vaqueros, después de ver cómo se había portado Searles con Donahue, mostráronse dóciles y dispuestos a colaborar. Y nadie mejor que Daniels, a quien el capataz observaba atentamente.
Por su parte, Carol, aunque seguía esforzándose en considerar a Searles como un tirano insoportable, se veía obligada a reconocer que el nuevo capataz sabía manejar bien a los hombres. Una mañana llamó a Searles y le dijo:
-He visto que prepara usted una expedición de ganado. Supongo que debe de ser para el señor Bulder.
-Supone usted mal, señorita Meade. Es para Riley, del R. R. Su padre preparó la venta y me hace falta el dinero.
-¿Le hace falta a usted? -preguntó, sarcásticamente, Carol.
-Sí. Tengo que pagar los gastos del rancho.
-Está bien. No haga nada hasta que yo hable con el juez Palmerston. Hoy vendrá a verme.
-El ganado lo tengo que entregar mañana -replicó Searles-. Por lo tanto, hay tiempo.
El juez Palmerston llegó poco después, en respuesta a la carta recibida de Carol. Era un hombre de unos sesenta años, de rostro firme y bondadoso, de cabello revuelto que ni el peine ni el cepillo podían dominar. En la región se le respetaba como hombre recto, valiente y muy diestro en el empleo de un Derringer de dos cañones que reposaba en una funda sobaquera de donde podía salir con toda facilidad en el momento en que su uso era necesario.
-Hola, Carol -saludó al entrar en el rancho-. Has crecido mucho desde la última vez que nos vimos. ¿Aún no sabes nada de tu padre? Bien..., es pronto para desesperar. ¿Qué querías de mí?
Carolina Meade hizo sentar al juez, le sirvió whisky y agua fresca y, por fin, explicó:
-Al examinar los papeles de mi padre encontré una carta de él en la que me decía que si llegaba a ocurrirle algo me pusiera en contacto con usted.

Hubiera preferido ir a Desierto; pero no me atreví a hacer sola el viaje.
-Ya sé -sonrió el juez-. En efecto, tu padre y yo hemos sostenido relaciones amistosas durante muchos años. Hace unos meses redacté su testamento. En él me nombra tu tutor. O sea, que hasta que Meade reaparezca o se tengan pruebas seguras de su muerte, yo le represento y seré tu tutor hasta tu mayoría de edad.
-Entonces... -siguió, vacilante, la joven-, si quisiera casarme necesitaría el permiso de usted.
-Sospecho que sí -sonrió el juez-. El testamento prevé semejante contingencia y, si te casaras sin mi permiso, tu herencia se vería reducida a una pequeña renta anual. Ignoro los motivos que obligaron a tu padre a incluir semejante cláusula; pero debió de considerarlos importantes, ya que insistió mucho en ella.
Carol quedó pensativa. Había pensado en el matrimonio como medio de librarse de la presencia de Searles. Como adivinando su pensamiento, el juez declaró:
-Si lo que te preocupa es la dirección del rancho, no debes inquietarte. Tienes un excelente capataz.
-No me gusta -replicó, impetuosa, Carol-. Se porta como si el rancho fuera suyo. Es tozudo como una muía y parece un pistolero profesional. Siempre está buscando pendencias.
-Tal vez tenga algo de pistolero -sonrió Palmerston-; pero eso es una ventaja cuando se quiere conservar un buen capataz. El hombre que trate de disparar contra él tendrá que reflexionar un par de veces antes de hacerlo, pues se expondrá a empuñar el revólver unos segundos demasiado tarde.
-¿Y su destreza en el manejo de las armas le faculta para dictar órdenes? Entonces, el mayor idiota, por el simple hecho de ser un buen tirador, podrá regir a los demás.
-Carol, estás muy equivocada. Un hombre que sabe disparar de prisa sólo puede hacerlo pensando con agilidad. Ha habido pistoleros buenos y malos; pero pocos han sido unos idiotas. Y en cuanto al comportamiento de Searles, no olvides que representa a tu padre y que debe portarse como dueño del rancho.
-Pero no conmigo.
-¿Lo ha hecho? -preguntó el juez, sonriendo maliciosamente.
-Pues... -la joven vaciló y, al fin, reconoció-: No, no lo ha hecho; pero se niega a acatar mis órdenes y explicó lo ocurrido con el ganado exigido por Bulder.
-Hizo perfectamente -replicó el juez-. A los precios actuales del ganado, esos setenta y cinco animales representan una gran suma de dinero, y tu padre le hizo responsable de todo cuanto de valor hay en este rancho. ¿Crees que obraría cuerdamente entregando unos bueyes que valen más de dos mil dólares fiándose sólo de la palabra de un extraño? Conozco perfectamente los asuntos de tu padre y puedo asegurar que no debía ninguna suma importante ni pequeña a Isaías Bulder. Además quiero decirte que recomendé a Searles a tu padre y que me alegra ver que no me equivoqué.
El juez hablaba bondadosa pero firmemente, y Carol comprendió que era inútil seguir discutiendo con él y mucho más pedirle que despidiera a Searles. Palmerston había adivinado las intenciones de la muchacha y se anticipó a su petición demostrando claramente que no estaba dispuesto a acceder a ella. Además, con lo dicho acerca de Bulder había puesto de manifiesto cuál era su opinión acerca del dueño del I. B.
Más tarde, Bulder supo, por boca de Carolina, parte de lo que había dicho

Palmerston.
-Me extraña mucho que tu padre pusiera su rancho en manos de ese viejo loco -refunfuñó-. Veo algo turbio en ello. Debemos ir con cuidado, pequeña. Puede que todo sea una trampa.
-¿Qué quiere decir?
-Muy sencillo. Palmerston extendió el testamento y convirtióse, gracias a él, en ejecutor testamentario de tu padre. A su debido tiempo logró meter aquí a Searles, y luego, casi sin tiempo a que tu padre se diera cuenta de la clase de hombre que era su nuevo capataz, Meade desaparece y el rancho pasa, prácticamente, a las manos de Palmerston y Searles. Apuesto a que nada les complacería a esos dos como que tú te casaras contra su voluntad. Entonces podrían despojarte de todo. En fin, ya arreglaremos a ese par. ¿Cómo está de dinero Nick Searles?
-Venderá cincuenta cabezas de ganado a Riley, del R. R.
-¿Cuándo piensa entregarlas?
-Mañana.
-Bien, eso nos da tiempo para entorpecer un poco su acción.
Carol no preguntó a Bulder lo que pensaba hacer. Sospechaba que el ganadero buscaría la forma de impedir al capataz que entregase el ganado para que no pudiera, así, obtener el dinero que necesitaba; su resentimiento contra Searles era tan grande, que Carol no se detuvo a reflexionar que así perjudicaría al mismo tiempo sus intereses. Las capciosas palabras de Bulder habían envenenado su alma contra el más fiel de sus servidores.

Capítulo VI

El mensaje del Coyote

Searles empleó parte de aquella mañana y el comienzo de la tarde en terminar de agrupar el ganado que pensaba entregar a Riley. Luego fue a inspeccionar la ruta que conducía al R.R. Este rancho se encontraba a unos treinta kilómetros del P Cansada y el camino discurría en la mitad de la distancia por la pradera, adentrándose más tarde por un terreno boscoso que culminaba en el llamado Cañón del Búfalo.
El capataz había dejado ya atrás la pradera y avanzaba por las estribaciones de las montañas que eran atravesadas por el cañón, cuando, de pronto, de entre unos árboles que crecían a unos ciento cincuenta metros de él, vio surgir una columna de humo, acompañada del zumbido de una bala de gran calibre y, un instante después, de una detonación.
Searles se dio cuenta, cuando todo hubo ocurrido, de que, un momento antes de sonar el disparo, él había obligado a su caballo a saltar a un lado, obedeciendo a un súbito e inexplicable impulso. El haberlo hecho le salvó la vida. Y de nuevo volvió a salvarla al picar espuelas, y en vez de buscar la protección que podían ofrecerle las altas hierbas que crecían a ambos lados del camino, siguió adelante, en dirección al oculto tirador.

Apenas había hecho esto una segunda bala zumbó como un rabioso moscardón y mordió el borde del ala del sombrero del joven.
Este comprendió que había caído en una emboscada, pues la segunda bala procedía de otro punto.
Empuñando su rifle, Searles saltó del caballo y quedó oculto tras los árboles de un bosquecillo. Apenas se hubo aplastado contra el suelo, otras dos balas zumbaron sobre él, haciendo caer unas ramitas de pino.
Searles disparó contra una de las nubecillas de humo; pero lo hizo sin afinar la puntería. En seguida se dejó rodar hasta el fondo de una pequeña hondonada y rápidamente recargó el fusil.
Mientras lo hacía iba dándose cuenta de lo desesperado de su posición. Los movimientos de sus ocultos enemigos eran fáciles de adivinar. Uno de ellos permanecería en su puesto, para impedirle que se moviera, en tanto que el otro daría un rodeo, escalaría la ladera de la montaña y, antes de diez minutos, podría disparar sobre él desde una posición segura, que le colocaría entre dos fuegos.
Entretanto estaba seguro, pues las balas no podían alcanzarle allí; sólo cuando uno de los tiradores llegara a una posición más alta podría herirle sin que él lograse impedirlo.
Dispuesto a vender, al menos, cara su vida, Searles se arrastró lentamente hasta detrás del tronco de uno de los arbolillos que constituían la avanzada del bosque de grandes pinos que se extendía hasta lo alto de la montaña. Recordaba dónde se había ocultado uno de los dos tiradores y su mucha práctica en aquella clase de luchas le hizo comprender que por tratarse de un punto donde la vegetación era escasa, el asesino apostado allí no tardaría de abandonarlo. En cambio, el segundo disparo había llegado de la parte donde la vegetación era más densa y ofrecía fácil enmascaramiento.
Aquel sitio era el que más le preocupaba; pero al cabo de unos minutos de estudiarlo, comprendió Searles que le sería imposible descubrir nada; por ello volvió su atención hacia el primer emboscado.
Apenas lo había hecho sonó una detonación y oyóse un grito de agonía, seguido de un quebrar de ramas y arbustos. El cuerpo de un hombre salió como disparado de entre la maleza y rodó ladera abajo.
Casi al mismo tiempo el primero de los dos emboscados hizo otro disparo y, con la velocidad del rayo, Searles disparó contra la nubecilla de humo que había brotado de entre unos matorrales.
Siguió un absoluto silencio y Searles aguardó, en tensión, que ocurriera algo más. No volvió a sonar ningún disparo y sólo se oyó un ahogado batir de cascos de caballo que se alejaban.
¿Qué significaba aquello? Searles meditó sobre lo ocurrido, recordando el disparo que había derribado al hombre cuyo cuerpo se veía tendido a menos de doscientos metros de él. ¿Quién le hirió?
¿Uno de los bandidos? No, no debía de ser aquello puesto que el disparo que, hizo el otro bandido no fue dirigido contra Searles. Esto parecía indicar la presencia de un providencial salvador. Recordó las palabras escuchadas en la Misión de San Juan de Capistrano, y, dominado por una súbita seguridad, levantóse de su trinchera y, agazapado, recorrió en unos saltos un breve espacio descubierto hasta llegar detrás de otro árbol.
Ningún disparo. Ningún movimiento delator. Searles se puso en pie y sin gran prisa avanzó por la pradera. En unos tres o cuatro minutos recorrió el espacio que le separaba del escondite del primer tirador. Cuando llegó a aquel sitio vio a un hombre caído de bruces que tenía junto a él un largo

rifle.
Searles creyó reconocerlo y, al volverlo, vio que se trataba del cadáver de Innes. Una bala que penetró por la frente la había destrozado la cabeza.
Una gran emoción dominó al joven. Aquella bala había sido disparada por él y quien la había recibido era uno de los seis hombres que asistieron a la ejecución de su padre. ;
Rápidamente dirigióse hacia donde yacía el otro cadáver. Un estremecímiento recorrió su cuerpo al reconocer en él a Shamrock, otro de los que acompañaron a Bulder el día en que el viejo Forbes fue asesinado tan cobardemente La bala que había matado a Shamrock le entró por el cuello.
Un relincho arrancó a Searles de la inmovilidad en que le había sumido el descubrimiento. Procedía de un lejano macizo de árboles y el joven dirigióse hacia allí. Atados a un tronco encontró dos caballos. En la silla de uno de ellos vio un papel prendido con un alfiler. Lo arrancó y pudo leer:

«Si el ganado atraviesa el Cañón del Búfalo, lo perderás.»

-¡El Coyote! -exclamó Searles.
El enmascarado no había prometido en vano su ayuda. En el momento en que fue necesaria había llegado en forma eficacísima e impresionante.
Durante casi cinco minutos el pistolero estuvo contemplando el papel. Luego lo rasgó en menudos fragmentos y dejó que el viento lo repartiera por el bosque; después, obedeciendo a una súbita idea, desató los caballos y, llevándolos de las riendas, regresó junto al cuerpo de Shamrock.
Los animales retrocedieron, espantados, ante el cadáver; pero Searles consiguió dominarlos y les cubrió los ojos. Después cargó sobre uno de ellos el cuerpo de Shamrock, procediendo, luego, a hacer lo mismo con el de Innes.
Ya iba a marcharse cuando se fijó en el rifle que había utilizado el antiguo vaquero del P. Cansada. Lo recogió y, con un estremecimiento de horror, vio, en la culata, las iniciales de A.M., en cobre.
-Abraham Meade -murmuró-. ¿Cómo pudo este rifle llegar a manos de Innes?
Movió dubitativamente la cabeza. No le gustaba el curso que tomaban los acontecimientos. Examinó luego el Cañón del Búfalo. Era un lugar ideal para las emboscadas. Al fin guardó el rifle de Meade junto al suyo y, llevando de las riendas a los dos caballos con su tétrica carga, volvió sobre sus pasos, y dirigióse a un punto que desde su regreso a Esperanza no había tenido el valor de visitar.
Unas horas más tarde el sol poniente iluminó con sus ensangrentados rayos dos cuerpos que pendían de la misma rama que diez años antes sirvió para ahorcar al viejo Forbes. La débil brisa del anochecer balanceaba suavemente los dos cadáveres. En el tronco del árbol junto a la gran «4 B» que de niño trazara Joseph Forbes, se veían dos rayas.
La venganza de la muerte del viejo agricultor había empezado.

Capítulo VII

La palidez de Negro Bulder

El dueño del I.B. escuchó con evidente mal humor la noticia de que las cincuenta cabezas de ganado destinadas al R.R. habían llegado a su destino y que Nick Searles había cobrado los dos mil quinientos dólares estipulados, regresando con ellos al rancho P. Cansada mientras los hombres emboscados en el Cañón del Búfalo aguardaban en vano el paso de la punta de bueyes.
Pero aún aumentó su malhumor cuando Peters llegó trayendo otra noticia.
-Innes y Shamrock han aparecido ya.
-¿Dónde estaban? -gruñó Bulder-. Ya era hora de que apareciesen. Por lo visto se gastaron en whisky el dinero que les di para que terminasen con ese Searles. Supongo que los encontraste borrachos perdidos...
-Se balanceaban bastante; pero no a causa de la borrachera, sino debido a que colgaban de un par de cuerdas.
-¿Qué quieres decir? -preguntó, violentamente, Bulder.
-Al volver hacia aquí pasé por las ruinas de la cabaña de Forbes. ¿La recuerdas?
-Sí.
-La gente no gusta de pasar por allí. Dice que el sitio está lleno de fantasmas desde que el dueño... desapareció.
-Supongo que no viste su fantasma, ¿verdad?
-No. Los fantasmas sólo aparecen de noche; pero el gran álamo que allí se levantaba ha echado fruto doble, y de la misma rama que utilizamos para el viejo Forbes colgaban Innes y Shamrock. Curioso, ¿eh?
-¿Ahorcados? -preguntó, palideciendo, Bulder.
-Tenían unas cuerdas atadas al cuello, pero antes de ser conducidos allí, Innes recibió un balazo en los sesos y Shamrock otro en el cuello.
Bulder lanzó una imprecación.
-Hay algo más -siguió Peters-. En el tronco, junto a la marca del 4 B, había dos muescas recién hechas. Dos muescas. Dos cadáveres. Recuerda que fuimos varios los que asistimos a aquella fiesta. Tú, yo, Innes, Shamrock, Daniels, Donahue. Veremos para quién se talla la próxima muesca.
Bulder se echó a reír, aunque no con risa natural.
-Pierdes la serenidad, Peters. Han pasado diez años desde aquello. Hubo tiempo más que sobrado para que si alguien tenía que vengarse lo hubiera hecho. Sin duda alguien se enteró de la historia y desea burlarse de nosotros.
-¿Matando a dos hombres a la vez? -preguntó, irónicamente, Peters.
-Casualidad... -empezó, no muy seguro, Bulder.
-Nada de casualidad -interrumpió Peters-. Aquellos dos hombres tenían que hacer un trabajo: el de asesinar a Searles. Sin embargo, a pesar de lo bien dispuesto del plan, fueron ellos los asesinados. Searles estuvo allí y contra él se dispararon algunos tiros; pero estuvo alguien más. Alguien a quien no quisiera tener enfrente.
-¿De quién hablas?
-Toma -replicó Peters, tendiendo a Bulder unos trozos de papel-. ¿Conoces

esto?
Peters señalaba uno de los papeles, en el cual se veía dibujada una tosca cabeza de lobo.
-¿Qué es? -preguntó Bulder, pálido como un muerto.
-¡La firma del Coyote!
-¡Bah! El Coyote ha muerto. Hace años que no se oye hablar de él.
-Eso no quiere decir que haya muerto, Isaías.
-Entonces, ¿qué crees?
-Que ha tomado a su cargo vengar a Forbes. Sabe Dios cómo se enteró de la historia de aquello y debió de enviar a Searles aquí para que trabajara en descubierto mientras él lo hacía en la sombra.
-Todo eso te lo figuras gratuitamente.
-No, Isaías. Estos papeles los encontré entre la hierba, en el sitio donde se apostaron Innes y Shamrock. Parecen trozos de un mensaje rasgado. En otro de los que encontré figura la palabra Buf..., lo cual quiere decir que el mensaje trataba del Cañón del Búfalo, y como allí estaban los nuestros para impedir que el ganado llegara a manos de Riley, es lógico suponer que alguien -y nadie mejor que El Coyote- advirtió a Searles, después de ayudar a matar a Innes y a Shamrock pues las balas que los mataron son de distintos calibres.
-¿Y qué puede haber venido a buscar aquí El Coyote, si realmente él anda metido en este asunto?
-Puede haber querido vengar a Forbes y, también, puede haber venido con la intención de terminar con la banda de los Máscaras Blancas, o sea matar dos pájaros de un solo tiro.
-¡Cállate! -ordenó, alarmado, Bulder-. Las paredes pueden tener oídos.
Peters echóse a reír.]
-Creo que hay alguien que ya sospecha de nosotros y nos relacionan con lo Máscaras Blancas. Escucha: Searles ha salvado la situación, tiene dinero, está cada vez más firme en el P. Cansada y va a ser un enemigo peligroso. Hoy ha llegado un nuevo miembro para la banda. Es Sol Poniente, el pistolero tejano. Viene bien recomendado, está sin dinero y conoce la fama de Nick Searles. Tampíoco le conocen a él aquí. ¿Por qué no lo sueltas contra el capataz del P. Cansada?
-Sol Poniente nos sería muy útil y no me gustaría que Searles lo matara en una lucha frente a frente.
-¿Quién habla de eso? Un tiro por la espalda mata tan bien como uno disparado cara a cara. Somos lo bastante fuertes en Esperanza para que Sol Poniente se libre de toda molestia.
El propietario de I.B. reflexionó unos instantes. .
-Creo que tienes razón -dijo, al fin-. Prepáralo todo para esta noche. ¿Qué hiciste con los dos cadáveres?
-Los cargué en los caballos y los enterré bastante lejos -fue la indiferente respuesta de Peters-. Nadie los echará de menos en Esperanza y a nosotros no nos interesa que se hagan averiguaciones.
-No, no nos interesa -rió Bulder-. Avisa a Het Kyler.
-Nuestro amado sheriff será prevenido -prometió Peters.
Poco después salía del rancho.

* * *

Aquella tarde Searles entró en el Banco y depositó mil novecientos dólares, o

sea cuanto le quedaba después de haber pagado los sueldos de los vaqueros y algunos pequeños gastos más.
Al salir entró en la taberna de Brennon. Éste le saludó alegremente y colocó ante él una botella de buen whisky.
-Es del que yo bebo -explicó, para remarcar su excelencia-. ¿Cómo marchan las cosas en el P. Cansada?
-Muy bien -replicó Searles, sirviéndose una pequeña cantidad de licor que degustó a pequeños sorbos-. Hasta ahora no hemos tenido ningún tropiezo.
Brennon sonrió alegremente.
-Es usted el hombre que Esperanza necesita.
-Pero un hombre solo no puede nada contra veinte -sonrió Searles, repitiendo las palabras del tabernero.
-No retiro lo dicho -sonrió Brennon-. Aunque un hombre de coraje, apoyado por unos cuantos más, puede luchar con ventaja sobre veinte.
-Seguro -replicó Searles-. ¿Qué le parece Riley, del R.R.?
-Es honrado y tiene buenos amigos. Ya sé que ha llevado usted la manada al rancho de Riley, y puedo decirle que en «El Dorado» apostaban triple contra sencillo a que usted no llegaría jamás.
-Tal vez los Máscaras Blancas no sentían interés por las reses. Es curioso que el sheriff de Esperanza no haga nada contra ellos.
-Het Kyler no tiene prisa por exterminarlos. Dice que mientras no molesten a la población no es cosa de ir, tampoco, a molestarlos.
-Buena filosofía, Brennon. ¿Puede usted encargarse de reunir un grupo de gente honrada que no tenga miedo de usar un revólver?
-Estarán reunidos para cuando usted los necesite -prometió Brennon-. Y cuando llegue el momento todos desenterrarán el hacha de la guerra.
Searles salió de la taberna y entró en uno de los almacenes, el más próximo al establecimiento de Brennon. El joven recordaba haber visto salir de allí a Carol.
-Sí -dijo Callahan, el propietario, en respuesta a la pregunta de Searles-. Aquí compraba siempre el señor Meade.
Y, sonriendo maliciosamente, agregó:
-Por cierto que he recibido orden de no venderle nada a usted.
-Entonces tendré que ir a visitar a su competidor -replicó Searles.
Callahan se echo a reír.
-Hará bien. Bulder es el dueño del cuerpo y del alma de Winter, y el pobre también habrá recibido instrucciones.
-En tal caso los comerciantes de Desierto habrán hecho suerte.
-No se precipite, Searles -rió Callahan-. He dicho que recibí órdenes; pero no creo que me haya oído usted decir que piense cumplirlas. ¿Qué necesita?
Searles detalló los artículos que necesitaba y convino con Callahan que al día siguiente le fuesen enviados al rancho. Después de despedirse del tendero, Searles se dirigió hacia «El Dorado».
Su entrada provocó indudable conmoción. Searles vio cómo los clientes de Glen cambiaban comentarios en voz baja. El único que no parecía sentir ningún interés por lo que estaba sucediendo era un vaquero mejicano que debía de haber sufrido una terrible caída, pues toda su cabeza estaba cubierta por blancos vendajes de algodón, que dejaban tan sólo al descubierto la boca y los ojos. El hombre bebía lentamente un vaso de aguardiente. Y debían de ser tan grandes sus propias preocupaciones que no le quedaba tiempo ni humor para ocuparse de las ajenas.
Searles pidió una copa de whisky y clavó la mirada en el rectangular y

alargado espejo que ocupaba todo el espacio que quedaba entre las hileras de botellas de detrás del bar y el techo. Por medio de aquel espejo vio cómo al minuto escaso de haber entrado en «El Dorado», un hombre penetraba, también, en el local.
El recién llegado era de mediana estatura; pero la anchura de sus hombros le hacía parecer más bajo, casi pequeño. Su traje era el de los vaqueros, y los únicos detalles notables eran sus dos revólveres -que llevaba muy bajos y con las fundas sujetas a las piernas- y las manos, que eran largas, enjutas, muy bronceadas por el sol. Aquel hombre no estaba acostumbrado a usar guantes... y los guantes son un estorbo cuando se trata de empuñar deprisa un revólver.
-Es un pistolero -pensó Searles, que conocía bien el tipo.
El recién llegado se colocó a unos dos metros de Searles. Tomando la botella que el camarero le había tendido, se sirvió una modesta ración de licor, detalle que también fue advertido por Searles.
Su atención fue atraída en aquel momento por la llegada de un grupo de hombres entre los cuales reconoció a Bulder y al sheriff, cuya estrella de plata brillaba tenuemente. Los otros parecían agentes del sheriff, y algunos lucían las insignias de su cargo.
-Sírvenos de lo mejor -ordenó Bulder, dirigiéndose al camarero.
La llegada del grupo obligó a Searles a apartarse un poco. En el mismo instante que lo hacía se oyó caer un vaso al suelo.
Al momento escuchóse una imprecación, y Searles, antes de que pudiera volverse, sintió contra su espalda el duro contacto del cañón de un revólver.
-¡Estúpido! -gruñó la voz de su vecino-. Esto te va a costar...
-Nada -dijo otra voz-. Sol Poniente, tienes un revólver apoyado contra tu cabeza, y si disparas el tuyo no volverás a cometer otra tontería semejante.
El hombre que encañonaba con su revólver a Searles quedó inmóvil, como esperando órdenes. No tardó en recibirlas.
-Guarda tu artillería y vete -siguió la voz.
Sol Poniente obedeció y, con paso lento, marchó hacia la puerta de «El Dorado». Volvióse sólo un momento, para pasar entre unas mesas, y pudo ver que el hombre que le había dado la orden era el mejicano de la cabeza vendada, que acababa de guardar también su revólver y, vuelto hacia el bar, estaba diciendo:
-Continúe la fiesta, caballeros. Ha sido un incidente sin importancia.
Searles iba a volverse hacia su salvador, cuando Sol Poniente, con velocísimo movimiento, llevó la mano derecha a la culata del revólver, lo desenfundó y quiso levantar el percutor; pero aquí se terminó su acción, pues el mejicano, a pesar de haber buscado su revólver cuando ya la mano de Sol Poniente estaba en la culata del suyo, fue el primero en sacarlo y disparar.
Dos veces habló su revólver. La primera, para arrancar el largo Colt que empuñaba el pistolero, y la segunda para dirigir la bala al lóbulo de la oreja derecha de Sol Poniente.
Éste tardó unos segundos en comprender lo ocurrido. Primero miró estúpidamente su vacía mano y luego, movido por el fuego que abrasaba su oreja, llevó la misma mano a la parte herida. Al fin, y con los ojos desorbitados por el espanto, comprendió.
-¡El Coyote! -murmuró en un siseo que llegó a todos los oídos.
-Veo que me conoces -dijo el mejicano, arrancándose el vendaje y dejando al descubierto su enmascarado rostro-. No debiste nunca cruzarte en mi camino -siguió-: No vuelvas a hacerlo.

Sol Poniente retrocedió, como atontado. Luego se oyó el galope de un caballo y todos comprendieron que el famoso pistolero que había trazado en sangre su nombre en muchas peleas, huía, atemorizado, ante la amenaza del más temido de los nombres del Oeste.
Het Kyler se creyó obligado a decir algo. Sabía que El Coyote no solía matar a los sheriff, y por ello protestó:
-¿Qué significa eso de venir a turbar la paz de este pueblo? Me dan tentaciones...
-Usted perdone, señor sheriff -replicó, duramente, el enmascarado, guardando su revólver-. No sabía que Sol Poniente fuera amigo suyo.
-No lo es... No lo había visto nunca. Pero represento a la Ley...
-Y se retrasa usted un poco en intervenir. Cuando el señor que se ha marchado tenía el revólver contra la espalda de este caballero, usted no se alteró lo más mínimo.
-Vi cómo ese hombre le tiraba el vaso de licor y como eso se considera una ofensa, le habría estado bien empleado a Searles que le hubieran pegado un tiro...
-Het Kyler, en mi larga vida he tenido el disgusto de conocer a muchos sheriffs y comisarios; pero usted es el peor de todos ellos -replicó el enmascarado-. No comprendo cómo los ciudadanos de esta población tuvieron que ir al desierto a buscar una serpiente de cascabel como usted para colgarle la estrella en el pecho.
-¡Me está insultando! -jadeó el sheriff.
-¡Qué inteligencia! -rió El Coyote-. Sí, le estoy insultando, y le doy todas las oportunidades que quiera para empuñar su revólver y devolverme el insulto.
Het Kyler palideció mortalmente; pero estaba en una situación que no admitía retroceso; por ello tartamudeó:
-Quiere obligarme a echar mano a las armas para poderme asesinar...
La mano derecha del Coyote trazó un veloz círculo en el aire. Prácticamente nadie vio cómo el revólver salía de la funda y volvía a ella; pero, en cambio, todos escucharon la detonación y vieron cómo la oreja derecha de Kyler se ensangrentaba, marcada para siempre con la marca del Coyote.
-¡Cobarde! -gritó Kyler, llevándose la mano a la herida.
-Modere su lengua, señor Kyler -previno el enmascarado-. Traiga una baraja, saque una carta y yo sacaré otra. El que obtenga la más alta disparará primero. La distancia que nos separará será de dos metros. No creo que le falle la puntería. Si no se atreve, lárguese de aquí, porque cuando cuente tres le destrozaré una pierna.
Het Kyler vaciló sólo un momento, en seguida dio media vuelta y escapó de la taberna seguido por algunas carcajadas.
El Coyote paseó su mirada por la sala, y, arreglándose el sombrero, abandonó lentamente el local sin volver una sola vez la cabeza, a pesar de lo cual ninguno de los que allí estaban se atrevió ni a acercar la mano a la culata de su revólver.
Al llegar junto a la puerta volvióse, y dirigiéndose a Searles dijo:
-Caballero, cuide mucho de quienes se colocan a su lado.
Sólo cuando hubieron transcurrido casi cinco minutos de la salida del enmascarado la vida volvió a «El Dorado».
Fue Isaías Bulder quien primero recobró la palabra. Dirigiéndose a Searles, declaró, impetuoso:
-¡Tiene usted buenos amigos!
Searles avanzó hacia él y, con el rostro demudado, ordenó:

-Saque sus armas y defiéndase como un hombre.
Estaba inclinado hacia adelante, con las manos, como garras, rozando las culatas de sus revólveres, dispuesto todo él a saltar como un muelle en violenta tensión.
Bulder palideció; pero haciendo un esfuerzo logró decir:
-Imita usted lo que ve hacer a los otros. Además, como puede ver yo no llevo revólver.
Searles sonrió burlonamente y desciñéndose el cinturón lo dejó, junto con las armas que pendían de él, encima del mostrador; luego, dirigiéndose a Bulder, dijo:
-Ya que no quiere exponerse a recibir un balazo en la cabeza, supongo que no tendrá inconveniente en recibir unos cuantos puñetazos.
Por un momento el ranchero pareció sorprendido; luego un destello de alegría cruzó por sus ojos. En aquellas tierras no había un hombre capaz de dominarle en una lucha a brazo partido. Su asombro fue compartido por los demás; pero ese asombro aún fue mayor cuando, después de quitarse las espuelas, los dos hombres avanzaron uno contra el otro y Bulder, después de lanzar en vano un poderoso puñetazo, se encontró con un fulminante derechazo de Searles, quien, sin darle tiempo a reponerse de la sorpresa y de los destructores efectos del puñetazo, completó éste con una serie de rápidos golpes que parecieron derretir las piernas de Bulder, quien, con los ojos en blanco y los músculos sin fuerza, se desplomó ante su adversario sin haber tenido ni la oportunidad de alcanzarle con un solo golpe.
Jamás se había visto una derrota tan rápida. La impresión producida fue tan grande que, a pesar de la espectacular aparición del Coyote, en las horas que siguieron nadie en Esperanza habló de otra cosa que de la pelea entre Bulder y Searles.
Sin embargo, a la mañana siguiente Het Kyler clavó en el tablero de los avisos un cartel recordando a todos que desde hacía diez años existía un importante precio por la cabeza del Coyote. El cartel ofrecía diez mil dólares a quien entregase, vivo o muerto, al misterioso enmascarado. Ninguno de los que lo leyeron pensó, ni por un momento, en hacer nada para ganar dicho premio. Había formas más cómodas y seguras de obtener dinero, aunque no tanto.

Capítulo VIII

Venganza

Bulder estaba humillado física y moralmente. No atreviéndose a mostrar su magullado rostro, se encerró en su rancho, rumiando su derrota. Por lo que hacía referencia a las heridas de su cuerpo, les daba poca importancia, pues sus efectos pasarían pronto; pero la herida moral duraría mucho más, porque era infinitamente más honda.
El recuerdo de lo ocurrido le hacía lanzar imprecaciones. En medio de una de ellas, Peters entró a verle.

-Maldiciendo y jurando no se arregla nada -dijo el capataz del I. B.
Bulder le dirigió una furiosa mirada.
-¿Qué quieres que haga?
-Preparar el ataque. Searles ha descubierto su juego y sus fuerzas. El Coyote le apoya, tiene dinero y, además, tiene el rifle que llevaba Abraham Meade el día en que fue asesinado.
-¿Cómo lo sabes? ¿Por Daniels?
-No. Daniels se ha vuelto honrado y no quiere saber nada de nosotros; pero hay otros que nos ayudan. Searles es un pistolero profesional; pero también es otras cosas.
-Ya lo sé -gruñó Bulder-. Es amigo del Coyote, lo cual es algo.
Peters se encogió de hombros.
-¡El Coyote! ¡Bah! ¿Qué fuerza tiene ese enmascarado? Ninguna. Podrá mover guijarros; pero no montañas. En cambio existen fuerzas capaces de arrollarle.
-¿Cuáles?
-No importa ahora. Tú quieres deshacerte de Searles, ¿no? Pues bien, hace unas semanas tres hombres asaltaron el Banco de Santa Ana. Dos de aquellos murieron; el tercero escapó. Y si la descripción que de él hicieron no está equivocada, sospecho que se trata de nuestro buen amigo Nick Searles.
-¿Y qué? ¿Crees que Het querrá jugarse la cabeza deteniéndole por algo que ocurrió fuera de los límites de su jurisdicción?
-Puede haber gente más valiente que nuestro sheriff. Y en cuanto a delitos ocurridos fuera de la jurisdicción de Kyler... Escucha...

* * *

A la mañana siguiente Searles entró en su cabaña, de regreso de una visita de inspección a los pastos, y lo primero que atrajo su mirada fue un papel clavado en la pared. Fue a cogerlo, presintiendo de quién procedía, y leyó, extrañado, sus breves líneas. Decía así:

«Retira el dinero del Banco.»

Searles confiaba lo bastante en su jefe para no dudar ni un momento. Montando a caballo, sin detenerse a descansar, marchó al galope hacia Esperanza, dirigiéndose en seguida al Banco, de donde retiró el dinero que tenía depositado. Para mayor comodidad llevóse los mil novecientos dólares en billetes.
Mientras regresaba al rancho, Searles reflexionaba acerca de lo que podía haberle ocurrido a Meade. No confiaba mucho en que el propietario del I. B. estuviese aún con vida. El hallazgo de su fusil en poder de Innes justificaba todas las sospechas de que Abraham Meade hubiera sido asesinado. Además, su extraño silencio sólo servía para confirmar los más trágicos presentimientos.
Preocupado con estos pensamientos, encaminóse hacia los pastos que lindaban con el desierto. La hierba era escasa y mala, y no vio a ninguno de sus vaqueros. Dejó descansar un rato su caballo y luego reemprendió la marcha hacia el rancho, llegando a él a media tarde.
Casi antes de tener tiempo de desensillar su caballo fue interrumpido por la llegada de uno de sus hombres, que anunció a grandes voces:
-¡Los Máscaras Blancas han asaltado el Banco de Esperanza! Han herido al

gerente.
El asalto habíase verificado de acuerdo con la costumbre de los bandidos de aquellas regiones. Mientras unos guardaban la entrada del Banco, otros penetraron en su interior y, amenazando al gerente con sus armas, le obligaron a entregar todo cuanto había en el local; después, para impedirle que diera la alarma,, le dispararon un tiro y escaparon con el botín.
-Se ha formado un grupo dirigido por Kyler, Riley y otros, y están persiguiendo a los bandidos -terminó de explicar el vaquero-. Debemos unirnos a ellos.
Todos aprobaron estas palabras como si se tratase de acudir a una fiesta en vez de marchar hacia una posible muerte, dando por descontado que los bandidos habíanse llevado también el dinero del rancho.
-El dinero está aquí -anunció Searles, mostrando los billetes que había retirado del Banco.
El entusiasmo de los vaqueros fue mayor; pero no redujo sus deseos de marchar detrás de los bandidos. Searles dirigióse hacia la casa principal, entró en el salón y entregó el dinero a Carol.
-Trataremos de cazar a los bandidos -explicó-. Prefiero que guarde usted el dinero, pues...
-¿Qué? -preguntó Carol.
Searles se encogió de hombros.
-Podría ocurrirme algo que me impidiese regresar para decirle en dónde lo guardé.
-¿Es necesario que vaya usted? -preguntó Carol.
-Soy el jefe y no está bien que cuando ellos exponen su vida yo que me quede atrás.
Carol inclinó la cabeza y su rostro expresó honda amargura.
-¿Cuánto terminarán estas violencias? -preguntó.
-Algún día -sonrió Searles.
Era la primera vez que la joven se mostraba humana con él.
-No, no terminarán nunca -replicó Carol-; cuando no luchan con las pistolas pelean a golpes, como si con ello consiguieran algo práctico.
Searles comprendió que Carol estaba enterada de la pelea que Bulder y él habían sostenido en «El Dorado». Pero como la joven no hizo mayor mención de ella, el capataz se abstuvo también de referirse al incidente. Recomendó a Carol que guardara bien el dinero, y, saliendo del rancho, montó a caballo y partió al frente de los vaqueros, cortando el desierto para unirse a la pose[1] que marchaba detrás de los ladrones.
La tarea era inútil, pues los autores del asalto tuvieron tiempo sobrado para escapar. Sin embargo la persecución siguió, sin descanso, mientras hubo luz. Entonces los hombres se reunieron para pasar la noche al amparo de unas rocas, al pie de las cuales encendieron unas hogueras de artemisa y matorrales de creosota.
Entre los que formaban la pose figuraba Isaías Bulder; mas ni por una vez miró a Searles. Este abstúvose, también, de decirle nada. Al llegar la hora de tumbarse a dormir, el capataz del P. Cansada eligió un apartado rincón y dejó los revólveres al alcance de su mano.
Apenas se había envuelto en la manta oyó un ruido que se acercaba a él. Incorporándose sobre el codo izquierdo, Searles levantó uno de sus

[1] *Pose* se llama a la reunión de vaqueros y ciudadanos que en las poblaciones del Oeste se reunían para perseguir a los bandidos.

revólveres y apuntó hacia la sombra que acababa de surgir de las tinieblas.
Por un momento el capataz creyó que se trataba de un hombre que avanzaba a gatas; pero un violento jadeo le convenció de su error. Un instante después la sombra saltaba sobre él.
-¿Qué haces aquí, Leal? -sonrió el capataz, palmeando el lomo del perro.
Éste lamió la cara con grandes lengüetadas. Al querer apartar a su perro, las manos de Searles tropezaron con un papel sujeto con una cuerda al cuello del animal.
El capataz quedó un momento inmovilizado, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Luego, haciendo un esfuerzo, desató la cuerda y con ayuda de una cerilla examinó el papel. Era una breve nota en la cual se le ordenaba:

«Regresa en seguida al rancho P.»

La firma era también del Coyote.
Searles releyó la nota, le aplicó la llama de la cerilla y antes de que el papel fuera consumido se puso en pie, guardó los revólveres en la funda, y deslizándose fuera de su refugio fue en busca de su caballo. Montó en él y primero a paso lento, para no llamar la atención, y luego, cuando estuvo ya a una distancia conveniente, al galope, partió hacia el rancho.
Dos horas invirtió el fatigado caballo en llegar a su destino. La noche era muy oscura; pero el plateado resplandor de las estrellas hacía visibles las construcciones del rancho P. Cansada.
Searles abandonó su montura a corta distancia y dirigióse hacia la casa, examinando bien el terreno. No se veía ninguna señal de vida; pero al llegar a unos cien metros del rancho, Searles creyó percibir un movimiento junto a una de las puertas.
Dirigióse hacia aquel lugar, con el revólver amartillado; pero no descubrió nada sospechoso. La puerta estaba cerrada y sin señales de forzamiento. El capataz fue rodeando la casa, examinando todas las puertas y ventanas. Al fin descubrió una de estas últimas que estaba entreabierta. Penetrando por ella encontróse en la cocina, cuya puerta interior daba a un pasillo por el que se llegaba a una de las escaleras que permitían subir al piso.
Searles estaba vacilando acerca del partido que debía tomar. El mensaje del Coyote indicaba que algo grave había ocurrido o iba a ocurrir en el rancho. Pero, ¿qué podía ser? En la duda estaba a punto de decidirse por aguardar en el salón, cuando unas voces llegaron a sus oídos.
No se oían claramente las palabras, pero la voz era de hombre y parecía llegar del dormitorio de Carol.
Ésta fue despertada por el roce de una mano, y al abrir los ojos vio junto a su lecho la alta figura de un hombre.
-No se mueva -ordenó éste-. No le haré ningún daño.
Carol reconoció la voz.
-¡Donahue! ¿Qué hace usted aquí?
El vaquero lanzó un juramento.
-¡Cállese! -ordenó. Luego, soltando una carcajada, siguió-: Es inútil que grite, señorita Meade. No hay nadie en la casa y el cocinero no la oirá por mucho que usted chille. Dígame dónde está el dinero y le prometo que no le ocurrirá nada malo.
-¿Qué dinero? -tartamudeó Carol.
-El que retiraron del Banco antes de que se cometiera el robo. Démelo y me

marcharé sin molestarla más.
-No sé nada de eso -mintió Carol-. Si el señor Searles lo retiró del Banco debió de llevárselo o esconderlo en un sitio que desconozco.
-Es inútil que trate de engañarme. Vieron a Searles entrar en la casa antes de marchar para reunirse con la pose. Dejó el dinero en sus manos porque no iba a llevarlo encima mientras perseguía bandidos. Vamos, entrégueme los mil novecientos dólares o le daré una lección que no le gustará.
-¡Cobarde! -chilló Carol-. Esto le costará la horca...
Donahue, rabioso, le cerró la boca con la mano, pero tuvo que retirarla en seguida, ensangrentada a causa de un violento mordisco.
-¡Maldita! -rugió Donahue.
Estaba enloquecido por la ira y por el ansia de matar. Su mano derecha buscó la empuñadura de su cuchillo y, desenfundándolo, lo levantó para hundirlo en el pecho de la joven.
Searles ignoraba esto, pero la imprecación de Donahue le previno de la gravedad de la situación. Veloz y silenciosamente subió por la escalera. Estaba a punto de penetrar en el dormitorio de Carol, cuando la oscuridad fue taladrada por un fogonazo.
El disparo llegó a tiempo. Medio segundo más y el cuchillo de Donahue hubiera descendido sobre su víctima.
Carol oyó la detonación, escuchó el erizante choque de la bala contra la cabeza de su atacante y le vio saltar hacia atrás y rodar por el suelo.
Durante unos segundos quedó demasiado aterrada para comprender lo ocurrido.
También Searles quedó desconcertado por el disparo y, por un momento, temió que hubiera sido dirigido contra Carolina; pero cuando se disponía a disparar a su vez se dio cuenta de que el fogonazo había iluminado una figura vestida do negro y cuyo rostro se hallaba oculto por un antifaz.
-¡El Coyote! -susurró, bajando el revólver.
El autor del disparo llegó junto a él y en voz baja le dijo al oído:
-No digas nada de mí. Tú le has matado. Llévalo al árbol. Adiós.
Silencioso como una sombra, El Coyote desapareció y Searles precipitóse dentro del cuarto.
Carol le vio enfundar su revólver y, dominada por los desbocados nervios, saltó de la cama y corrió a buscar protección entre los brazos del capataz. Durante unos minutos permaneció abrazada a él, notando, con infinito alivio, los labios de Searles en su cabellera, mientras el joven murmuraba:
-¡Pobrecita! ¡Pobrecita mía!
La joven quiso explicar el horror por que acababa de pasar; pero su garganta estaba atenazada como por una mano de hierro. Al fin, cuando la paz hubo vuelto a su espíritu, apartóse lentamente de Searles y bajó la vista hacia el cadáver de Donahue.
-¿Le hizo algún daño? -preguntó Searles. Y cuando la joven contestó con un negativo movimiento de cabeza, el capataz agregó-: Tranquilícese. Me lo llevaré en seguida. No creo que tuviese ningún compañero.
Inclinóse, cogió a Donahue por las piernas y lo arrastró fuera del cuarto, cargándolo luego sobre sus hombros y depositándolo, al fin, encima de uno de los caballos que habían quedado en el rancho. Regresó después al dormitorio de Carol y con unos trapos mojados borró las manchas de sangre que habían quedado en el suelo. Repitiendo una vez más la conveniencia de guardar silencio, separóse de Carol y ensillando otro caballo marchó hacia el árbol que sirviera para ahorcar a su padre. Cuando se alejó de allí para

regresar junto a sus compañeros, el álamo tenía una muesca más y otro cadáver colgaba de él.
A la mañana siguiente, sin que al parecer nadie se hubiera dado cuenta de que durante cuatro horas Searles se había ausentado del campamento, la pose regresó hacia Esperanza. La persecución había fracasado y los hombres mostrábanse defraudados por lo poco emocionante que la salida había resultado; pero al llegar a las tierras que fueron de Forbes quedaron compensados de todo al ver el cadáver que pendía del álamo.
Bulder dirigió una escrutadora mirada a Searles; pero si comprendió algo se abstuvo de hacer ningún comentario. Asistió en silencio al descolgamiento del cadáver y encogióse de hombros cuando se le preguntó si sospechaba quién podía haber elegido aquel árbol para colgar de él los cuerpos de sus antiguos vaqueros.

Capítulo IX

Ofensa vengada

Searles fue recibido en el rancho por una Carol muy distinta de la de antes. Acudiendo hacia él, dijo, con tímida sonrisa:
-Quisiera hablarle.
Searles vaciló. Antes de que pudiera replicar, la joven agregó:
-Quisiera dar un paseo por la pradera. ¿Puede acompañarme?
Searles recordó el momento de la noche anterior en que tuvo a Carol entre sus brazos y dudó un momento. Temía hallarse de nuevo a solas con aquella mujer. Sin embargo contestó:
-Sí, en seguida estoy con usted.
Abandonaron el rancho, seguidos por las sonrientes miradas de los vaqueros, y durante casi media hora no cambiaron ni una palabra. Al fin, Carol abordó el tema que les preocupaba a los dos.
-¿Qué hizo con... Donahue? -preguntó, en voz baja, como temiendo ser oída.
-No se preocupe por él, señorita Mcade.
-¿Qué hizo? -insistió Carol.
-Le coloqué donde debía estar.
Carol inclinó la cabeza y, sin mirar a Nick, preguntó:
-¿Lo llevó al árbol aquel?
-Sí.
-¿Por qué?
Searles no respondió. Carol, siempre sin mirar a su compañero, continuó:
-Hace diez años desapareció el colono que vivía junto a aquel árbol. Nadie sabe qué fue de él; pero algunos aseguran que fue asesinado.
-Sí, le asesinaron -contestó el muchacho.
-¿Y usted quiere vengar su muerte?
Searles no replicó; pero al cabo de un momento dijo:
-Innes murió al atacarme. Donahue murió por otra causa. Sin embargo, tan-

to él, como Shamrock y como Innes, fueron culpables de un odioso asesinato.
Carol comprendió la censura que vibraba en las palabras de su compañero. Al matar a Donahue, el capataz le había salvado a ella la vida y no era justo buscar un segundo motivo para su acto.
Buscando una salida de su turbación, la joven señaló de pronto un grupo de altas acotillas, cada uno de cuyos largos tallos estaba coronado por magníficas flores.
-¡Qué hermosas! -exclamó, desmontando de su caballo y corriendo hacia las acotillas, que crecían al pie de unas altas rocas.
Searles desmontó también y sosteniendo de las bridas los dos caballos, sentóse en una piedra. Un momento después Carol regresó hacia él trayendo un manojo hecho con las intensamente rojas flores. Estaba colocando una de ellas en la camisa de Searles cuando un jinete apareció al otro lado del recodo formado por la masa de rocas.
Al ver a la pareja el hombre detuvo un momento su caballo; luego, al reconocerlos, siguió adelante y, saludando con irónica cortesía, pidió:
-Perdonen que les haya interrumpido.
Carol adivinó en los ojos de Searles su intención. Rápidamente, le contuvo:
-¡No, por favor, no más violencias! Se lo ruego, Nick.
Searles retiró la mano de la culata de su revólver; pero la mirada con que siguió al jinete estaba preñada de amenazas.
-Es Givens -murmuró.
-Sí; pero no tiene importancia -sonrió Carol, recordando, con una angustia que no hubiera sabido explicarse, que aquel hombre gozaba en Esperanza de la fama de ser el mejor tirador de toda la región. Hacía años que estaba al servicio de Bulder y si sus manos estaban encallecidas era más por el contacto de las culatas de sus revólveres que por el manejo del lazo y de los hierros de marcar.
-Se dirige a Esperanza -murmuró Searles-. Hablará mucho...
-Todo el mundo tiene derecho a hablar -rió Carol.
-Pero no a decir según qué cosas.
-No dijo nada ofensivo.
-Sus labios, no; pero sus ojos, sí.
-No se puede impedir a una persona que tenga los pensamientos que prefiera -dijo Carol.
-Pero se le puede impedir que los exponga.
La alegría del paseo por el desierto estaba agotada. Inútilmente Carol se esforzó por reanimar la conversación. Searles contestó con monosílabos, aunque era evidente que luchaba por adoptar otra actitud.
Carol sintió como si el cielo se cubriera de amenazadoras nubes y al llegar al rancho se despidió tímidamente de su compañero, que anunció, tratando de dar a sus palabras un acento de completa indiferencia:
-Iré a echar un vistazo a los terneros que tenemos que marcar.
Carol le vio cambiar de caballo y con la mirada le siguió hasta que desapareció tras el polvo del camino de Esperanza, donde no había ni una sola res del P, Cansada.
Luego entró en el despacho que había utilizado su padre y, recordando el incidente de la noche anterior, abrió el cajón donde había guardado el dinero que le entregara el capataz.
Por un momento el corazón se le inmovilizó a causa del susto. Recordaba perfectamente cómo estaba el libro de cuentas bajo el cual se hallaba el

dinero. Al dejar ella el libro, éste quedó con la etiqueta hacia abajo, inmediatamente encima de los billetes. En cambio, ahora estaba hacia arriba. Mas al levantar el libro, Carol lanzó un suspiro de alivio. El dinero seguía allí.

* * *

«El Dorado» rebosaba público ansioso de divertirse. Ante aquel público, Givens estaba anunciando algo que parecía merecer la aprobación general.
-La señorita Meade no parece sentir mucho asco de los vaqueros -decía Givens-. Ayer noche, cuando toda la pose dormía, el atractivo capataz del P. Cansada salió de su puesto, montó en su caballo y tomó el camino del rancho. ¿Para qué? Me imagino que todos nos lo figuramos, ¿no?
Un coro de carcajadas acogió estas palabras. Givens, satisfecho de su éxito, prosiguió:
-Y debió de ser muy agradable para la señorita Meade, pues esta tarde la encontré cortando flores de acotilla y prendiéndolas en la camisa de su capataz. Todas las mujeres son iguales. Esa Meade parecía una dama demasiado distinguida para hablar con nosotros; pero no sólo es capaz de hablar, sino...
-¡Givens!
El nombre sonó como un pistoletazo y fue seguido por un arrastrar de sillas y el rumor de los pasos que marcaba la prudente retirada de quienes se hallaban en la línea de fuego.
Searles, con las manos caídas y el cuerpo en tensión, había entrado en el bar y se hallaba frente a Givens. Su rostro expresaba un odio mortal.
En cambio, la cara de Givens expresaba brutal satisfacción. El pistolero acababa de recibir la provocación necesaria para poder matar a aquel hombre sin exponerse a molestos interrogatorios. No dudaba del resultado de la contienda. Era un experto tirador y, en cambio, su adversario estaba tembloroso de ira.
-¿Me llamaba el señor capataz? -preguntó Givens, con burlona sonrisa.
-Sí. Eres un cobarde, un canalla y un...
El resto lo dijeron los revólveres, que escupieron fuego al mismo tiempo. El capataz del P. Cansada giró sobre los tacones, empujado por el proyectil disparado por Givens, y cayó al suelo. Su adversario, herido en el pecho, cayó de bruces y quedó un momento inmóvil; luego hizo un inútil esfuerzo por incorporarse.
Viendo que Givens aún no estaba muerto, Searles se arrastró hacia él, diciendo:
-Givens, antes de morir quiero que sepas algo.
Inclinóse más hacia el moribundo y le murmuró unas palabras al oído.
Givens pareció haber recibido una descarga. Sus ojos se desorbitaron, miró incrédulamente a Searles y musitó:
-Tú... ¿tú eres...?
Un violento estertor ahogó sus palabras y Givens cayó de nuevo contra el suelo, quedando inmóvil para siempre.
Searles se puso trabajosamente en pie y dejóse caer en una silla que alguien acercó. La herida recibida en el hombro sangraba copiosamente. Riley y sus hombres, que habían asistido al drama, acudieron en seguida a curarle. El silencio que había reinado durante los últimos minutos fue roto por todos. Se discutió ampliamente la lucha y unos se agruparon alrededor de la

víctima mientras otros lo hacían en torno del vencedor.
Su curiosidad fue pronto atraída por un nuevo suceso más emocionante todavía que el primero. Het Kyler entró en «El Dorado» en compañía de Bulder y de un grupo de comisarios. Todos empuñaban sus armas, especialmente escopetas de caza cargadas hasta la boca que podían llenar de metralla el local. Su aparición cogió tan de sorpresa a Riley y todos los partidarios de Searles que la ventaja de Kyler resultó en seguida evidente.
-Otra pelea, ¿eh? -gruñó el sheriff-. ¿Dónde está el cadáver?
Acercóse al muerto y con la punta de la bota le volvió la cara.
-¡Givens! -exclamó. Volvióse hacia Searles y anunció, apuntándole con el fusil de gran calibre que empuñaba-: ¡Pero por Dios que ésta será tu última pelea, Searles! Esperanza no tolerará más este cúmulo de crímenes.
Volvióse un momento hacia los demás, mientras uno de sus agentes arrebataba sus armas al herido, y declaró:
-Sé que se me ha criticado por no haber terminado con la banda de los Máscaras Blancas. He aguantado en silencio todas las críticas porque estaba seguro de mí y de las medidas que estaba tomando. Estas medidas han culminado hoy y puedo ya decir que uno de los principales miembros de la banda ha sido detenido.
Con melodramático ademán señaló a Searles y declaró con hueca voz.
-Searles, quedas detenido.
-¿De qué se le acusa? -preguntó Ridge del R. R.
-De haber asesinado a Abraham Meade y de haber intervenido en el asalto del Banco de Esperanza.
Searles quiso levantarse; pero fue empujado violentamente atrás con los cañones de los fusiles de los comisarios de Kyler. Luego, sin ningún miramiento, fue esposado y conducido a la cárcel de Esperanza. El sheriff anunció antes:
-Mañana por la mañana se verá la causa contra Nick Searles.
Isaías Bulder cambió una mirada de inteligencia con Peters y los dos sonrieron.
¡El triunfo era suyo!
Pero uno de los clientes de «El Dorado» también sonrió. Nadie le conocía; había llegado aquella tarde del desierto. Cuando Searles fue conducido a la cárcel siguió al grupo que le acompañó y apoyóse un momento contra el tablero de los avisos; cuando se apartó de allí, el cartel en el cual se ofrecía el premio por la captura del Coyote mostraba, al lado de la firma de Het Kyler, un dibujo que representaba una cabeza de lobo... o de coyote.

Capítulo X

La justicia de Het Kyler

Carol recibió de Isaías Bulder la noticia del encarcelamiento de su capataz. El propietario del I. B. llegó al P. Cansada en compañía del sheriff y de sus agentes. Actuando como protector de Carol, explicó a ésta:
-Kyler tiene que registrar la casa en busca de ciertas pruebas, Carol. Si le ayudas te evitarás molestias.
-¿Qué significa eso de que el shenff venga a registrar mi casa? -preguntó Ca-

rol, dispuesta a negarse a aquel allanamiento-. Tengo derechos y hombres dispuestos a defenderlos...
-Carol, la situación es mucho más grave de lo que tú te imaginas -dijo Bulder-. Searles, tu capataz, ha sido detenido. Se le acusa de un grave delito.
-¿De cuál? -preguntó, desafiadora, Carol.
-De haber asesinado a tu padre y de haber asaltado el Banco de Esperanza.
Por un momento la joven quedó desconcertada; luego, echándose a reír, exclamó:
-Señor Bulder, tendrá usted que ofrecerme pruebas muy convincentes.
-Ya lo sé, Carol, y por eso está aquí Kyler, ¿no?
Bulder se volvió hacia el sheriff, que parecía sumamente nervioso.
-Sí -dijo-, venimos a buscar esas pruebas. Si no las encontramos..., el señor Searles quedará en libertad; pero...
-Pero usted confía en que las encontrarán, ¿verdad?
Carol hablaba impetuosa y agresivamente.
-Pero si buscan una prueba la encontrarán delante de testigos, y si yo no veo cómo la encuentran juraré que he visto cómo usted la traía...
-Habrá tantos testigos como tú quieras, Carol -intervino Bulder-. Yo soy el primer interesado en que se haga justicia a Searles.
-¿Usted?
Carol evidenció bien claramente su desprecio.
-Yo, Carol -siguió Bulder-. Hoy Searles ha hecho algo que, de llegar yo antes, le hubiera pedido que me dejase hacerlo a mí. Ha cerrado para siempre una boca que había escupido veneno contra ti.
-¿Qué...?
-Ha matado a Givens, uno de mis hombres. Os vio juntos en el desierto y ha insinuado cosas tan ofensivas que Searles lo mató; pero... resultó herido.
Bulder explicó lo ocurrido y trató de dar a sus palabras emoción y veracidad.
Carol quedó abrumada por la noticia.
-¿Está gravemente herido? -tartamudeó.
-No. Sólo un rasguño. Mañana podrá ser juzgado.
Bulder volvióse hacia Kyler y agregó:
-Empiece el registro. Carol, ¿puedes mostrarnos el dinero que retiró Searles del Banco?
-¿Para qué?
-El gerente tiene anotadas las numeraciones de los billetes robados, y tiene, también, anotados los números de los billetes que entregó a tu capataz.
Carol abrió el cajón donde guardaba los mil novecientos dólares y fue leyendo los números y series de los billetes. Kyler los anotó, limitándose a decir que al día siguiente aquellos números serían presentados como prueba ante el juez. Carol repasó la lista escrita por el sheriff y firmó su conformidad de que se trataba de la numeración exacta del dinero que Searles le había entregado.
A continuación, Kyler pidió que se le permitiera registrar la cabaña de Searles. Fueron todos hacia allí y casi lo primero que encontraron fue un fusil con las iniciales A. M. en latón.
-¿Conoce este rifle, señorita Meade? -preguntó Kyler.
Carol palideció.
-Era de mi padre.
-¿Lo solía llevar consigo?
-Sí.

-¿Lo llevaba el día en que desapareció?
Esta pregunta fue hecha por Bulder. Carol contestó:
-Sí. Lo llevaba.
-¿Conoce el motivo de que se encuentre aquí? -preguntó Kyler.
-No..., no comprendo...
Kyler sonrió, satisfecho. Entregó el rifle a uno de sus hombres y anunció:
-Creo que no nos hace falta nada más.
Se dispuso a regresar a Esperanza. Bulder preguntó a Carol si deseaba que se quedara con ella.
-No, puede marcharse... y no volver -replicó la joven, acentuando en seguida-. Y no volver nunca más.
Carol los vio alejarse y, en seguida; volviéndose hacia sus vaqueros, pidió:
-¿Quién de ustedes desea hacer algo por el señor Searles?
Daniels fue el primero en adelantara y Carol lo invitó a entrar en el rancho.
-Quiero que vaya a avisar al juez Palmerston. Cuéntele lo que ocurre y dígale que venga. Entréguele esta carta.
Carol escribió rápidamente un breve mensaje y se lo dio al viejo vaquero: quien después de ensillar su caballo, partió al galope en dirección a Desierto.
Pero alguien había previsto aquel viaja y había puesto en juego los medios necesarios para que el mensajero de Carol no llegara a su destino.
Con una sonrisa de maligna satisfacción, Peters, el capataz del I. B. levante su rifle desde detrás de una espesura de chollas, bisnagas y cactos y, apuntando a la espalda de Daniels, apretó el gatillo en el mismo instante en que sonaba una detonación y una bala disparada desde unos ciento cincuenta metros más lejos le entraba por la espalda y le atravesaba el corazón, aunque no lo bastante pronta para evitar que la bala disparada por el capataz atravesara la cadera izquierda de Daniels, que, lanzando un gemido de dolor, tuvo que agarrarse al cuello del caballo para no caer a tierra.

* * *

Bulder, Kyler y sus hombres pasaron en su camino a Esperanza cerca de las tierras que habían sido de Forbes. Maquinalmente todos miraron hacia el álamo que señalaba su emplazamiento y una exclamación de asombro se escapó de todos los labios. Un cuerpo se balanceaba movido por el aire y colgado por el cuello de la rama que antes había sostenido otros cadáveres.
Lanzando una imprecación, Bulder galopó hacia el árbol. A la escasa luz del anochecer reconoció en seguida, en el cuerpo allí colgado, el cadáver de Givens. En el tronco del álamo una cuarta muesca señalaba la implacable venganza.
-¿Quién ha traído aquí ese cuerpo? -preguntó Kyler.
-Algún bromista que desea seguir el juego que inició Searles -replicó Bulder.
Luego, volviéndose hacia sus hombres, ordenó:
-Descolgadlo y enterradlo en cualquier sitio.

* * *

En Esperanza no eran corrientes los juicios. En primer lugar porque eran muy pocos los asesinatos que llegaban a ser juzgados, ya que, a menos que el autor del crimen fuera un mejicano, la autoridad no intervenía, y en semejante caso, si el asesino se dejaba detener, un linchamiento popular

evitaba al juez el trabajo de dictar sentencia.
A las diez de la mañana siguiente, la sala del tribunal, que no era precisamente amplia ni cómoda, rebosaba de un público ansioso de ver si, por una vez, se hacía justicia.
Un jurado compuesto por doce miembros elegidos por el sheriff prestó juramento, prometiendo todos los componentes del mismo que a sus conciencias no les repugnaba la idea de condenar a muerte al acusado si las pruebas contra él eran lo bastante claras para justificar semejante condena. Entró luego Searles con el brazo en cabestrillo. En respuesta a la pregunta del juez Endicott, negó su culpabilidad en ninguno de los delitos que se le imputaban.
Cumplidos estos requisitos, el propio sheriff, convertido en fiscal, comenzó a interrogar al acusado, que se hallaba entre dos de sus comisarios.
-Searles -dijo, no haciendo gala de grandes recursos oratorios-. Se le acusa, en primer lugar, de haber intervenido en el asalto al Banco de esta población. ¿Puede demostrar que en el momento en que el robo fue cometido no se hallaba usted en Esperanza?
El acusado miró fríamente a Kyler y replicó:
-No, no puedo demostrarlo, porque a la hora en que el robo fue cometido yo estaba cabalgando por el desierto, inspeccionando los pastos; pero tampoco podrá demostrar nadie que tomé parte en dicho asalto.
Kyler hizo subir al estrado a uno de los empleados del Banco, quien, después de prestar juramento, declaró actuar en representación del gerente, que, debido a la herida que sufría, no podía trasladarse allí.
-¿Trae la numeración de los billetes de a cien dólares que entregaron al señor Searles cuando se presentó a retirar del Banco la suma depositada días antes?
-Sí, señor.
Kyler tomó la nota firmada por Carol y pidió al empleado que confrontase aquellos números con los suyos y viera si eran iguales.
El testigo negó en seguida con la cabeza y afirmó:
-No, señor. Estos números no corresponden a los billetes que entregamos al señor Searles.
-¿Puede ver si son, por casualidad, iguales a algunos de los que figuraban en los billetes robados por los bandidos?
El empleado confrontó la nota con otra que sacó del bolsillo y, por fin, anunció:
-Sí, señor. Estos diecinueve números figuran entre los robados.
Un murmullo de emoción recorrió la sala. El juez Endicott se vio obligado a imponer silencio con grandes golpes de maza.
Searles miró despectivamente al sheriff, pero no dijo nada. Estaba seguro de que todo aquello era una farsa. Y también estaba seguro de que una persona velaba por él y no permitiría que la injusticia llegara a cometerse.
-¿Es posible algún error? -preguntó Endicott, dirigiéndose al testigo.
-Le aseguro que ninguno, señor -contestó éste-. Siempre que se paga una suma de billetes de alta denominación se toma nota de sus números. También se anotan las numeraciones de los demás billetes en existencia.
El sheriff expuso con torpeza, pero con profusión de pruebas, la clara culpabilidad de Searles, basándola en el hecho de que unos billetes que figuraban entre los robados por los bandidos habían sido hallados en el rancho P. Cansada, cuya propietaria afirmaba haberlos recibido de su capataz, el cual no podía demostrar con testigos lo que había hecho desde

que se le vio salir de Esperanza hasta el momento en que regresó al rancho, viaje en el que empleó un tiempo incomprensiblemente largo.
Siguió luego un monótono desfile de testigos, todos los cuales probaron repetidamente que Searles había tenido tiempo de sobra para ir y volver un par de veces de Esperanza al rancho P. Cansada.
La defensa, encargada a un joven abogado que tampoco poseía el don de la elocuencia, apenas intentó rebatir los cargos. Al fin, el sheriff anunció, dirigiéndose al juez Endicott, que existía otra acusación contra el acusado; pero que la única prueba que se tenía contra él era el haber encontrado en su poder un objeto propiedad del desaparecido Abraham Meade. El propio acusador consideraba la prueba como escasa y retiraba la acusación en lo referente a aquel delito, considerando que el otro quedaba suficientemente probado para no necesitar acumular más pruebas contra el detenido.
-Que sólo tiene un cuello y no podría ser ejecutado dos veces -terminó Kyler.
Endicott movió desaprobadoramente la cabeza y advirtió a Kyler que no tratara de influir de aquella manera en el jurado; pero los doce miembros de éste, después de cambiar una breve consulta en voz baja, anunciaron, por mediación del portavoz, que no necesitaban retirarse a deliberar y que consideraban a Searles culpable del delito de robo a mano armada y, por lo tanto, merecedor de pena de muerte.
El juez, que tenía prisa por abandonar la sofocante sala, ordenó a Nick que pusiera en pie y anunció:
-Searles, has sido juzgado por este Tribunal y hallado culpable del delito de asalto a mano armada. Sólo me que dictar la sentencia, que será la de que te cuelguen por el cuello hasta que muera
Volviéndose hacia Kyler, Endicott terminó:
-Sheriff, le entrego al reo para que sea conducido a la capital del condado y ejecutado allí.
Un ensordecedor griterío resonó en la sala. Loco Mike se puso en pie sobre uno de los escasos taburetes que allí había y gritó:
-¡Al diablo el enviarlo a la capital! ¡Nosotros nos bastamos para ahorcarle! ¡Y del mismo árbol que él utilizó!
-¡Así se habla! -gritó otro.
Endicott encogióse de hombros y abandonó la sala, mientras el público, enloquecido por el ansia de matar, se lanzaba sobre el condenado sin que el sheriff ni sus ayudantes hicieran nada por impedirlo.
Isaías Bulder fue de los primeros en afirmar que el pueblo de Esperanza debía ejecutar a los criminales que lo hacían víctima de sus ataques implacables. Y agitando una cuerda se colocó a la cabeza de la comitiva, que partió, llevando en su centro a Searles, hacia las tierras que fueron del viejo Forbes.

Capítulo XI

La justicia del Coyote

Searles no intentó salvarse porque no podía defenderse de aquellos hombres que sólo anhelaban ser verdugos. La herida le había debilitado y, además eran tantos contra él que hubiera sido inútil tratar de oponerse a su salvaje agresión.
Bulder, que había hecho un buen nudo de horca, lo pasó por el cuello del joven y sostuvo el extremo de la cuerda. En cuanto llegaran al álamo, pasarían el otro extremo de la soga por la rama y, colgando de ella, Searles terminaría sus aventuras.
Pero una sorpresa aguardaba a los ciudadanos puestos a verdugos. Cuando llegaron ante el árbol elegido para la ejecución vieron, colgando de él, el cuerpo de Peters. Y en el tronco una quinta muesca.
Fue tan grande el asombro y el miedo que invadió a todos que, por unos momentos, nadie hizo el menor movimiento, luego, de pronto, uno de los hombres levantóse sobre los estribos y cortó la cuerda que sostenía el cadáver de Peters, mientras reclamaba:
-Dame la cuerda, Bulder, y terminemos.
-Un momento, señores -dijo una burlona voz. De detrás de los árboles que crecían junto al arroyo salió un jinete vestido a la moda mejicana y empuñando dos revólveres de larguísimo cañón. Un negro antifaz le cubría el rostro.
-¡El Coyote!
Este nombre fue pronunciado por todos y un escalofrío recorrió los cuerpos de los linchadores. Ninguno de ellos se atrevió a hacer el menor movimiento y, mucho menos, a buscar un arma.
Un momento después, unos treinta jinetes, a cuya cabeza iban Riley, del R. R., Carol y el juez Palmerston, surgió de la arboleda y avanzó hacia los otros.
-Creo que tendremos que repetir el juicio -siguió El Coyote, enfundando sus revólveres-. ¿De qué se acusa a ese hombre?
Nadie contestó, y El Coyote, sin abandonar su sonrisa, que dejaba al descubierto una blanquísima dentadura, siguió:
-Señor Kyler, usted es la persona más indicada para exponer los cargos que pesan contra el señor Searles.
Kyler tragó saliva e intentó, en vano, pronunciar alguna palabra.
-Hable, señor sheriff -insistió El Coyote-. Y luego puede hacer un esfuerzo y detenerme, vivo o muerto. Valgo diez mil dólares. Más dinero del que algunos de ustedes han visto jamás. Y digo algunos porque en cambio otros, como por ejemplo, el señor Isaías Bulder, han visto sumas más importantes que ésa. ¿Verdad, juez Palmerston?
-Sí, es cierto -respondió el juez-. En una caja de caudales bastante bien escondida en el despacho del señor Bulder encontramos veinticinco mil dólares en billetes, y como alguien nos proporcionó la lista de los billetes robados al Banco, puedo asegurar que la numeración de todos los encontrados en la caja del señor Bulder, a excepción de diecinueve de ellos, corresponde a la lista de los robados.
Isaías Bulder quiso protestar; pero se contuvo y limitóse a sonreír despectivamente.
-Ante una prueba así, y aportada por un caballero de tan reconocida honradez como el juez Palmerston, las conclusiones a sacar son muy sencillas -dijo el enmascarado-. ¿No es cierto, señorita Meade, que al ir a comprobar si el dinero que guardaba usted en su mesa de trabajo continuaba allí creyó advertir que alguien había alterado el orden en que usted dejó aquel cajón?

Carol miró, extrañada, al Coyote.
-¿Cómo lo sabe? -preguntó.
-Estamos en un interrogatorio, señorita. Limítese a responder sí o no.
-Sí, noté que el libro donde mi padre anotaba sus gastos e ingresos estaba colocado de distinta manera de como yo lo dejé.
-¿Faltaba algo?
-No. El dinero estaba igual...
-Pero, ¿era el mismo dinero?
-No sé...
-¿No es cierto que la noche antes de producirse el asalto al Banco un hombre penetró en su habitación y le pidió que le entregase el dinero?
-Sí; pero nadie...
-Limítese a contestar sí o no -sonrió el Coyote-. ¿No es cierto que alguien mató a aquel hombre?
-Sí.
-¿No es cierto que aquel hombre se llamaba Donahue y había sido vaquero de su rancho por recomendación del señor Bulder?
-Yo no sabía... -tartamudeó Bulder.
-Es cierto, usted no sabía que su cómplice, enterado de lo que iban a hacer, quiso trabajar por su cuenta y apoderarse de los mil novecientos dólares, para lo cual estuvo a punto de asesinar a la señorita Meade, cosa que hubiera hecho de no impedírselo una bala. Ahora, señorita, conteste a la pregunta que antes le he formulado.
-Sí. Donahue fue recomendado a ir padre por el señor Bulder.
-¿Y entró en su casa aquella noche?
-Sí.
-Por lo tanto, de la misma forma que entró Donahue, que no sabía dónde estaba el dinero, pudo entrar alguien que supiese dónde se encontraba, hacer el cambio de billetes, dejando, en el lugar de lo que se llevaba, otros cuyos números sabía figuraban en la lista de los robados.
-Todo eso son suposiciones gratuita -dijo Kyler-. El juez Endicott...
-El juez Endicott ha dictado una sentencia, ya lo sé -replicó El Coyote-, y ha dicho que se ejecute en la capital del condado, no en Esperanza. Al faltar a sus órdenes se ha colocado usted fuera de la ley, sheriff, y a partir de este momento queda usted destituido.
-No acepto órdenes de usted -logró decir, aunque con voz muy aflautada, el sheriff.
El Coyote le dirigió una mirada irónica.
-He dicho que le destituía -replicó El Coyote-. Y si no hace inmediato y voluntario traspaso de su cargo a favor del señor Riley, mañana provocaré una vacante forzosa en el cuerpo de sheriffs.
Het Kyler tragó saliva, miró a Bulder y, asustado por la expresión de rencor que vio en él, volvió en seguida la cabeza, se arrancó la estrella, y, después de ponerla en manos de Riley, quiso escapar.
-Un momento -dijo el juez Palmerston-. Le recuerdo, Kyler, que yo he sido testigo de que nadie le ha obligado a abandonar su cargo en manos de Riley. Mi testimonio tiene mucho peso.
Kyler asintió nerviosamente con la cabeza y escapó, seguido por algunos que no podían resistir, sin temblar, la presencia del Coyote.
Bulder, en cambio, permaneció allí. Se daba cuenta de que había llegado el momento culminante de su vida y que ésta se hallaba en juego.
El Coyote volvió a clavar en él su mirada y prosiguió:

-En su casa, Bulder, hemos encontrado otras pruebas que demuestran que la banda de los Máscaras Blancas estaba formada por usted y por sus hombres. El juez Palmerston ha podido reunir pruebas suficientes contra usted y, por lo tanto, nada nos impide juzgarle; pero el juicio que vamos a celebrar contra usted no será por los delitos cometidos ahora, sino por otros que cometió hace diez años, en este mismo lugar, en la persona de Joseph Forbes, colono de estas tierras, que fue asesinado por usted y seis de sus hombres.
Burlonamente, Bulder preguntó:
-¿Ha traído los testigos?
-Sí. Daniels es uno de ellos; pero no ha podido venir porque Peters, su capataz, le hirió en un costado y el pobre no ha podido hacer el viaje a caballo. Yo tuve el placer de terminar con su capataz y no puedo presentar a Peters ni a Daniels; pero, en cambio, hay otro testigo.
-¿Cuál?
-José Forbes, el hijo de Joseph Forbes.
-¿Dónde está? -preguntó, trémulo de ira, Bulder.
-Ahí, con una cuerda al cuello, como hace unos diez años estuvo su padre antes de que Peters le ahorcara.
Bulder parecía una fiera acorralada. Mirando a Searles como si esperase una agresión de él, jadeó:
-Pero... ese hombre se llama Searles... Nick...
-Es un nombre falso, Bulder -dijo Searles-. Lo adopté para que mi verdadero nombre no fuera para usted un aviso que le hiciera comprender que la venganza se acercaba.
-¡Usted, José Forbes...! ¡Oh! Debí haberte matado como a un gusano.
-Aunque lo hubiera hecho no habría escapado a mi venganza -declaró El Coyote-. Juez Palmerston, ¿quiere dictar sentencia contra ese hombre?
Mirando fríamente a Bulder, Palmerston declaró:
-El delito es crimen. La sentencia es muerte.
Bulder lanzó una forzada carcajada y dirigiéndose a Carol, preguntó:
-¿Y usted qué dice, señorita? ¿Por qué no pregunta a sus amigos lo que han encontrado en mi caja de caudales? Pregúnteles si no hallaron unos documentos que demuestran que su padre fue...
-¿Un asesino? -preguntó una voz, mientras un jinete salía de entre el grupo formado por los hombres de Riley.
-¡Papá! -gritó Carol, espoleando a su caballo hacia su padre.
-¡Abe! -exclamó Bulder-. ¡Creí que habías muerto!
-Morí voluntariamente -contestó el dueño del P. Cansada-. Para que no pudieras seguir arruinándome.
-¡Pues ahora te arruinarás por completo, porque todos sabrán...!
-Le advierto -interrumpió a su vez El Coyote- que las falsas pruebas que había reunido usted para probar la gran mentira de que el señor Meade había sido en un tiempo salteador de diligencias han sido destruidas por mí y no podrán apoyar jamás la declaración de ningún canalla.
Meade lanzó un grito de júbilo al que siguió otro de impotente rencor emitido por Bulder. Con los ojos achicados por el odio y obedeciendo a su ansia de matar, el dueño del I. B. empuñó su revólver y quiso utilizarlo.
Los que observaban al Coyote vieron cómo un segundo antes su mano derecha acariciaba su barbilla y un segundo después aquella misma mano empuñaba un humeante revólver, mientras Isaías Bulder caía lentamente hacia delante y, tras un inútil intento por sostenerse en la silla, rodaba por

el suelo, con la frente atravesada por un balazo.
El Coyote sostuvo en alto el revólver, hasta convencerse de que su enemigo estaba bien muerto; luego, apuntando al árbol, hizo un disparo y la bala marcó en el tronco la sexta muesca. Por fin, guardó el arma y volviéndose hacia el juez Palmerston anunció:
-La sentencia ha sido cumplida y la venganza terminada.
Los pocos amigos de Bulder que aún quedaban escaparon al galope.
El Coyote acercóse a Searles, cortó sus ligaduras y, señalando las seis muescas, anunció:
-Ha tardado en cumplirse; pero al fin se logró. Sólo falta una muesca: la de Daniels; pero ha probado suficientemente su regeneración, ¿no?
-Sí -asintió Searles.
-Entonces ha terminado nuestro trabajo. Riley será un buen sheriff. Podemos marcharnos e ir a otros lugares donde nuestra presencia y nuestra destreza sean necesarias. ¿Me acompañas?
Carol acercóse a los dos hombres apoyando una mano en el brazo del enmascarado, dijo:
-Señor Coyote, Nick está herido, no podría seguirle. Déjele aquí unos meses hasta que se reponga.
El Coyote sonrió.
-Está bien -dijo-. Comprendo los lazos que te ligan, José Forbes. Son más fuertes que los que te unieron a mí –con un amargo rictus, siguió-: Sé cuál es la fuerza del amor y os deseo mucha felicidad. Dentro de un año o año y medio volveré a veros.
Miró a Meade y dijo:
-El pasado de Nick Searles no es trasparente; pero tampoco lo es el tuyo Abraham Meade. Recuérdalo y no pongas obstáculos.
-Aunque quisiera ponerlos, serian unos obstáculos muy débiles para un amor tan impetuoso -dijo Meade.
-Sí, es un amor impetuoso, como debe ser el verdadero amor. Como lo fue el mío mientras duró el motivo de su existencia.
A través de los agujeros del antifaz, los ojos del Coyote adquirieron un acuoso brillo. Levantando la mano derecha dijo:
-Adiós, amigo mío. Viniste en busca de la venganza y hallaste el amor, o sea el premio más grande que puede encontrarse. No debes perderlo nunca.
Rozando con las espuelas los ijares de su caballo, El Coyote lo hizo saltar por encima de los dos cuerpos tendidos en el suelo y alejóse en medio de una nube de polvo.
Todas las manos de los que quedaron junto al árbol se levantaron en un adiós unánime; luego, cuando la distancia se hubo tragado al misterioso jinete, Carol volvióse hacia su padre, ansiosa de saber por qué se había ocultado durante aquel tiempo; pero una fuerza más grande que el amor filial tiraba de ella. Con los ojos llenos de lágrimas y de risas, corrió junto al hombre a quien tanto había odiado. De nuevo, esta vez delante de muchos testigos, descansó su cabeza en el pecho del hombre amado, que para ella significaba el porvenir…, la verdadera vida.
-¡Pobrecito mío!... ¡Pobrecito! -murmuró, sin darse cuenta de que repetía casi como un eco, las palabras que aquél hombre pronunciara en su dormitorio cuando ella buscó protección entre brazos.